EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

LAS SORPRESAS DEL DIVORCIO

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

POR

CEFERINO PALENCIA

MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(*Sucesor de Hijos de A. Gullón.*)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1895

LAS SORPRESAS DEL DIVORCIO

LAS SORPRESAS DEL DIVORCIO

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

POR

CEFERINO PALENCIA

Estrenada en el TEATRO PRINCIPAL de Barcelona, el 10 de Septiembre de 1888.



MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1893

PERSONAJES		ACTORES
M. BONIVARD..............	SRA.	ALVERA DE NESTOSA
DIANA.....................	»	ROSARIO DEL PINO.
GABRIELA..................	SRTA.	GAMBARDELLA (M.)
CRIADA....................	SRA.	MISERACH.
ENRIQUE...................	SR.	AMATO.
BOURGANEFF..............	»	GARCÍA.
FEDERICO.................	»	PEÑA.
COURBULON...............	»	MANSO.

La acción en París.—Epoca actual.

Por derecha é izquierda, entiéndanse las del actor.

ACTO PRIMERO

Sala elegantemente amueblada. Cuatro puertas, y en segundo término derecha, ventana. En primero izquierda, piano. Butaca y silla volante en primero derecha. Máquina fotográfica en el segundo izquierda. Velador en el centro con timbre, libros y papeles. Sobre el piano libro de música.

ESCENA PRIMERA

Aparecen DIANA y FEDERICO; éste arreglando la máquina para retratar á Diana que está apoyada en la silla volante que hay en el primer término de la derecha, y con la sombrilla abierta, puesta sobre el hombro izquierdo.

FED. Apoye usted la sombrilla en el hombro; así; vuélvase usted un poquito hacia la izquierda... muy bien; la cabeza más alta; perfectamente; ahora sonría usted y míreme usted de soslayo, con una de esas miradas capaces de encender el corazón menos inflamable. ¡Ay, Diana! ¡qué hermosísima es usted!

DIANA. ¡Já! ¡Já! ¡Já!

FED. ¡Deje usted que me estasíe contemplándola!

DIANA. Pero, ¿no está ya enfocada la figura?

FED. ¡Usted sí que me tiene enfocado á mi hace tiempo!

DIANA. ¿A que me quito?

FED. ¡Ay, Diana! ¿Por qué se casó usted?

DIANA. Porque sí; por lo que se casa mucha gente, y porque mi mamá me lo mandó.

FED. ¡Y casarse con mi mejor amigo!

DIANA. Eso no pude yo preverlo.

FED. ¿Por qué no la conocí á usted antes?

DIANA. ¿Qué remedio? ¡Paciencia!

FED. ¡Ah! ¡Diana! ¡Diana!

DIANA. ¡Cuidado! ¡Cuidado! Que va usted á hacerme perder esta posición tan académica.

FED. Por lo menos confiéseme usted que no le soy indiferente; ¡confiésemelo usted!

DIANA. Hay ciertas cosas que no pueden decirse sino al confesor.

FED. ¿Luego me ama usted?

DIANA. ¡Qué loco! Yo soy una señora casada y no debo amar á nadie sino á mi marido.

FED. Tiene usted razón; no hablemos una palabra más; sé lo que me resta hacer.

DIANA. Mi retrato, y no acordarse siquiera de que existo.

FED. ¿No acordarme? ¿No pensar en usted? ¿Cree usted por ventura que eso es posible? ¡Ah! ¡no! En aras de la amistad, podré sacrificarme; huir de esta casa; lejos...

DIANA. ¡Muy lejos! Donde no pueda alcanzarle el maléfico influjo de mis hechizos. ¡Já! ¡já! ¡já!

FED. No se burle usted, Diana, no se burle usted de mi pasión.

DIANA. ¡Silencio! ¡Mi marido! (Se oye cantar á Enrique.)

FED. ¡Ah! ¡Quieta! ¡Quieta! ¡Así! Una, dos. (Retratando.)

ESCENA II

DICHOS; ENRIQUE, por el foro de la derecha.

ENR. (Cantando.) ¡Tra, la, la!

DIANA. (Aparte.) (¡Qué oportuno!)

FED. Hombre, quítate de en medio.

ENR. ¡Ah, sí! Dispensa. ¡Me olvidaba de tu manía; eres capáz de fotografiar el pensamiento!

FED. ¡Ojalá pudiera!

ENR. ¡Bonita diversión para un joven de la mejor sociedad de París, que tiene ochenta mil francos de renta! ¡Pasarse la vida haciendo retratos! ¡Y qué retratos, gran Dios!

FED. ¿Qué tienes que decir de ellos?

ENR. No, yo nada; los interesados, si acaso. Oye, Diana, oye este rondó que se me ha ocurrido para la situación final del primer acto. (Cantando.) La, la, la...

FED. (Sigue retratando á Diana.) Una, dos, tres...

ENR. ¡Cuatro!

FED. ¡Dale! Una, dos, tres... ¡quieta! ¡Un instante! Ea, ya tengo un retrato más para mi colección.

ENR. Ofréceselo á mi querida suegra. (Quita Federico la máquina y la mete en la segunda de la izquierda.)

DIANA. ¿Empezamos?

ENR. ¡Desde el almuerzo no la he visto; me parece increíble tanta felicidad.

DIANA. De seguro que á ella le sucederá lo propio; os odiáis cordialmente.

ENR. ¡Es que sin ella seríamos tan dichosos, Diana mía!

DIANA. ¡Enrique!

ENR. Siempre interpuesta entre nosotros dos, eclipsando nuestras alegrías; fija, inmutable. Todo cambia. Las ideas se renuevan; los gobiernos pasan; los pueblos desaparecen; los tronos se derrumban; sólo las suegras se eternizan. Son la piedra angular del edificio social. ¡Ni un rayo las parte, ni un ciclón las conmueve!

FED. Estás inspirado.

ENR. Es que el tema es muy socorrido.

DIANA. ¿Pero qué tienes que decir de mamá?

ENR. Nada, casi nada; ni siquiera es viuda.

DIANA. ¿Cómo?

ENR. Claro; porque si lo fuera, podria alimentar la esperanza de desembarazarme algún día de ella, casándola con cualquier desesperado: seria capáz hasta de dotarla.

FED. Yo creía viuda á la señora Bonivard.

ENR. ¡Quiá!

DIANA. Separada sólamente.

ENR. Su marido ha sido un sabio.

FED. ¿Le conoces?

ENR. Nunca le he visto. Creo que es artista.

DIANA. Artista lírico de gran renombre.

ENR. En América, donde trabajaba hace años, sin acordarse para nada de su mujer.

FED. No exageres; á mí no me parece tan insoportable tu mamá política.

ENR. Porque no eres su yerno.

FED. Sin embargo...

ENR. ¿Cómo sin embargo? Permíteme que te diga que tu conducta no está en consonancia con nuestra amistad de toda la vida. Tu deber es defenderme á capa y espada contra los ataques de mi suegra. No olvides jamás este axioma que aprendí de un hombre práctico y de talento: «Con los amigos, hasta la injusticia; con las suegras, ni la justicia.»

FED. ¡Já, já, já!

DIANA. (A Federico.) Diga usted si con tales ideas es posible la paz en esta casa. Y después de todo, ¿qué hace mi mamá? ¿En qué te ofende?

ENR. ¿En qué? Ayer mismo, durante el almuerzo, me trató de murguista

DIANA. ¿Y tú qué la dijiste?

ENR. Que en cambio ella sólo puede ya bailar la «Danza Macabra» Ha sido bailarina en sus mocedades, allá en tiempo del Imperio.

DIANA. ¿Acaso es una deshonra? Además, ¿por qué ese afán de burlarse de su pasado artístico y de sus grandes éxitos?

ENR. Porque me pone nervioso con sus recuerdos coreográficos. El que tu mamá haya bailado en muchos teatros de provincias, no es una razón para que nos entes asmemos con el relato de sus triunfos.

DIANA. Legítimos y muy legítimos.

ENR. Eso..

DIANA ¿Tienes el atrevimiento de poner en duda?...

ENR. No, no lo dudo, lo afirmo. El año cincuenta y ocho fué silbada estrepitosamente en Marsella; el cincuenta y nueve, en Lión, Nimes y Niza; el sesenta, en Burdeos; el sesenta y uno...

DIANA. Calla, no sigas.

FED. ¡Já, já, já!

ENR. Me he procurado los periódicos de aquellas épocas: ¿quieres verlos?

DIANA. Es inútil.

FED. Comprende que no es generoso recordar..

ENR. Que no hable mi suegra de mi música y no recordaré yo sus ruidosas ovaciones.

DIANA. Casi sería preferible que os desafiáseis á muerte, y se terminaba todo de una vez.

ENR. ¡Ah! pues si tu madre fuera un hombre...

FED. Aquí está.

ESCENA III

DICHOS y M. BONIVARD

M. BON. (Por la segunda de la derecha.) ¿Quién ha mandado colocar en la verja el rótulo que acabo de leer? Tú, de seguro.

ENR. Yo, sí, señora.

M. BON. ¿Y con qué derecho quieres privarnos de nuestra deliciosa villa de recreo?

DIANA. ¡Ah! ¿Pretendes vender la casa?

ENR. Hace días que os lo había anunciado. Nuestros veinticinco mil francos de renta no permiten gastos semejantes.

M. Bon. Pues no será por lo que yo derroche.

Diana. Ni yo.

Enr. Si ustedes quieren seré yo el derrochador; pero de hoy en adelante es fuerza que nos limitemos á nuestro piso de París.

Diana. Gracias, te lo regalo.

M. Bon. Si trabajaras, como es tu obligación, y consiguieras que se admitiera tu música...

Enr. ¡Ah! ¿Tengo yo la culpa de que los directores de teatros estén siempre llenos de compromisos?

M. Bon. ¡Compromisos! Esa es la respuesta que dan á todos los malos compositores.

Enr. Señora, no puedo ser mejor.

M. Bon. ¡Pero muévete, bulle, intriga! Cuando pienso que *Le Vy* tiene ya más de doscientos mil francos, y un hotel, y coche y otras frioleras... ¡Eso se llama un compositor! ¡Eso es hacer música! Vamos á ver: ¿tú cuánto has ganado de dos años á la fecha? Ciento setenta y dos francos cincuenta céntimos.

Diana. ¡Jesús!

M. Bon. ¡Ciento setenta y dos francos cincuenta céntimos! ¡Qué vergüenza! A los veinte años bailaba yo en el Cairo ante el virrey, y ganaba quinientos francos por noche.

Enr. ¡Mentira!

Diana y M. Bon. ¡Eh!

Enr. ¡Mentira... parece que se puedan ganar tales sumas con los piés.

M. Bon. ¡No me insulte usted, caballero!

Enr. Señora, yo no insulto á nadie; pero digo y repito que estoy harto de estas enojosas escenas, y que no tolero á usted ni á su hija, recriminaciones de ninguna clase. ¿Cree usted que de la mañana á la noche puede uno oirse llamar con calma vago, nulo y mal compositor?

Diana. Yo no te he dicho semejante cosa.

Enr. Tu madre me lo repite á cada momento. ¿No me ha-

dicho usted hace poco que mi cerebro está completamente vacío, y que soy incapáz de concebir una sola idea?

M. Bon. Pruebe usted lo contrario: trabaje.

Enr. ¡Trabajar! ¿Piensa usted que eso es tan fácil? ¿Piensa usted que la inspiración es una doncella que acude cuando se la llama? ¡Trabajar aquí! ¡En medio de este desórden, de esta intranquilidad! ¡Una vez uno; otra vez otro! ¡Ahora esto, luégo lo de más allá! ¡Bailes! ¡Comidas! ¡Fiestas! ¿Quién hace nada de provecho en condiciones semejantes?

M. Bon. Pues tu colega y amigo Topinard, bien se divierte, y, sin embargo, ha estrenado dos obras en poco tiempo.

Enr. Es verdad; pero usted olvida que Topinard es soltero, y, por lo tanto, no tiene suegra que le pertube y moleste.

M. Bon. ¿Oyes esto, Diana?

Diana. Es imposible...

Enr. Hace seis meses que he comenzado mi ópera *Ariadna*, y todavía no he podido pasar del acto primero, porque no me dejan ustedes un solo instante de reposo.

Diana. Excusas, y nada más que excusas.

Enr. ¿Sí, eh? Sin ir más lejos, esta mañana has entrado tres veces en mi gabinete para buscar no sé qué cosa; tu madre entró otras tantas para preguntarme la hora, pedirme un sello y cinco francos, y por último, la cocinera para decirme si me gusta el lenguado frito ó al *gratín*.

Diana. ¿Y qué?

Enr. Nada, que es muy agradable que le interrumpan á uno con tales majaderías cuando está desarrollando un tema musical.

M. Bon. Se empieza de nuevo.

Enr. ¡Señora!

M. Bon. ¿Qué? ¿Qué? (Acercándose á él con furia.)

Enr. Nada; hágame usted el obsequio de ir á retratarse. Federico la espera.

M. Bon. ¡Ah! ¿Tiene usted el atrevimiento de arrojarme?

Diana. No le hagas caso, mamá.

Fed. (Entrando por la segunda de la izquierda.) Ha salido perfectamente.

Diana. ¿Sí?

M. Bon. ¿Y el mío?

Fed. Cuando usted guste. Ya tengo el *cliché* preparado.

M. Bon. ¿Qué traje me pongo?

Enr. (Aparte.) (¡Uno de arpía!)

Fed. ¡Así mismo, señora!

M. Bon. No; no acabo de gustarme con esta *toilette.*

Enr. (¡Vegestorio!) (Aparte.)

M. Bon. ¡Ah! ¡Una idea! ¡Se me ocurre una gran idea! ¡Concédanme ustedes dos minutos, dos minutos nada más y soy con ustedes en seguida! ¡Ah! Díme: ¿has repasado la cuenta de la cocinera?

Diana. ¡Eso es cosa tuya!

M. Bon. Sí; tienes razón, voy á repasarla en un momento y vuelvo al instante. Van ustedes á quedar sorprendidos, ¡muy sorprendidos! (Vase haciendo piruetas de baile.)

Diana. Mientras que mamá se prepara para hacerse el retrato, ¿quiere usted que juguemos al volante? (A Federico.)

Fed. Estoy á sus órdenes, señora.

Diana. Á ver si lo hace usted mejor que esta mañana. (Enrique se sienta al piano.)

Fed. ¡Soy tan torpe!...

Diana. (Á Enrique.) Te dejamos solo, para que puedas trabajar á tus anchas y sin que nadie te moleste.

Enr. No deseo otra cosa.

Diana. Gracias por el cumplimiento. (¡Qué carácter tan apacible y encantador!) ¡Me voy á jugar al volante con otro hombre y se queda tan satisfecho! ¡Y pensar que le di mi mano! ¡Oh! ¡Si las cosas se hicieran dos veces! (Vase con Federico por la segunda de la izquierda.)

ESCENA IV

ENRIQUE

¡Ea! manos á la obra; es decir, á mi ópera, y tratemos de ponernos en situación. (Canta acompañándose con el piano, con música del *Roberto*.)

«¡En una isla desierta y triste,
abandonada hasta de Dios,
la edad florida de mi existencia
veo agostarse como una flor!»

¡Estos libretistas!... Vaya usted á inspirarse con unos versos tan cursis. (Canta.)

«En una isla desierta...»

No, no; esto es muy conocido y me llamarían plagiario. «En una isla desierta...» ¡Esto ya es otra cosa! (Se pone al piano.) «En una isla...» La verdad es que pasando la acción en una isla desierta, no ha necesidad de esforzarse uno tanto. A ver... (Más bajo.) «En una isla...» Eso es; ahora. «En una isla desierta y triste...» ¡ay! ¡Este ay, es de mucho efecto!... «En una isla...»

ESCENA V

ENRIQUE y M. BONIVARD

M. BON. (Por la primera de la derecha.) ¡Señor mío!
ENR. ¿Ya? Vamos, es imposible.
M. BON. Inmediatamente va usted á poner en la calle á la cocinera.
ENR. ¿A Sofía? ¿Por qué razón?
M. BON. Me ha faltado al respeto.
ENR. ¿Nada más?

M Bon. ¿Quería usted que me abofeteara?
Enr. Mientras siga guisando bien...
M. Bon. ¿Y permite usted que se me insulte?
Enr. Señora, á mí no me importan esas historias de cocina: de consiguiente, haga usted el favor de dejarme en paz y no marearme más de lo que estoy.
M. Bon. Bien, me marcho; continúe usted dando tormento al clave. (¡Grosero!) No durará mucho esta vida, no durará mucho. (Se va furiosa por la segunda de la derecha.)
Enr. ¡Despedir á Sofía! ¡Jamás! No será muy diestra en arte culinario, pero no puede ver á mi mamá política y esa es una cualidad recomendable á mis ojos. La aumentaré el salario. Volvamos á la isla. «En una isla...»

ESCENA VI

ENRIQUE y DIANA

Diana. (Por la segunda de la izquierda.) Enrique, ¿sabes dónde está mi volante?
Enr. (¡Y van dos!)
Diana. ¿No está por aquí?
Enr. No; yo no he visto... Oye, Diana; oye lo que acabo de hacer.
Diana. Por vida...
Enr. (Cantando.) «En una isla desierta y triste...» ¡ay! ¡fíjate en este ay; he estado inspirado!
Diana. Sí; efectivamente.
Enr. «Abandonada hasta de Dios...»
Diana. ¡Muy bonito!
Enr. «Abandonada...» Aquí haría falta coro: algún acompañamiento... pero si está abandonada...
Diana. Sí, es verdad. ¡Jesús! ¡No encuentro ese volante... ¡Ah! ya sé, ya sé... en los naranjos. (Vase por la segunda de la izquierda.)
Enr. Pues señor, es una delicia para un músico tener una mujer como la mía. No encuentro el volante. ¡Qué

bien me comprende! En fin, paciencia. «En una isla...» (Cantando.)

ESCENA VII

ENRIQUE y COURBULÓN

COURB. (Por el foro de la derecha.) ¿El señor Enrique Duval?

ENR. (Tirando los papeles.) ¡Vaya al demonio!

COURB. ¿Eh?

ENR. ¡Calle! ¡Si es mi tío! Dispense usted. ¡Qué sorpresa más agradable!

COURB. ¿Cómo estas, querido sobrino?

ENR. De salud, perfectamente. ¡Cuánto tiempo sin verle á usted!

COURB. Cerca de tres años. Pero ya he decidido retirarme á la vida privada. ¡Basta de viajes y de correrías! Estoy muy necesitado de reposo. ¿Tienes inconveniente en darme hospitalidad por una corta temporada?

ENR. Al contrario, muchísimo gusto; y á mi mujer le sucederá lo propio, estoy seguro de ello.

COURB. ¿A tu mujer? ¡Luego te has casado!

ENR. Hace dos años. ¿No se lo escribí á usted?

COURB. Sí; ahora recuerdo... Estaba en Madagascar cuando recibí tu carta. Por cierto que al leer tal noticia, no pude menos de calificarte de imbécil; ¿me perdonas esta franqueza?

ENR. Sí; sí señor; porque todo lo tengo merecido.

COURB. Y .. díme...

ENR. Basta; sé lo que va usted á preguntarme. ¡Sí señor y de caballería!

COURB. ¡Desgraciado! ¿Suegra también?

ENR. ¿Qué quiere usted? ¡Ya lo hice! Procuré defenderme cuanto pude, pero no hubo remedio. Ó cargar con la madre ó renunciar á la hija. Ó todo: ó nada. fuí débil...

COURB. ¿Y te pusiste un doble dogal?

ENR. ¡Y qué dogal!

COURB. ¡Oh!

ENR. ¡Era tan hermosa Diana!... Y yo estaba tan ciegamente enamorado. .

CORUB. ¡Infeliz!

ENR. Además, antes de mi matrimonio, la madre me parecía soportable; hasta me divertia algunos ratos oyendo las anécdotas é incidentes de su vida artística; porque fué bailarina en su juventud.

COURB. ¿Bailarina?

ENR. Sí señor.

COURB. ¿Y dónde la conociste?

ENR. En Marsella.

COURB. ¿Y allí te echaron el anzuelo?

ENR. Y piqué en seguida.

COURB. ¡Estúpido! ¿Me perdonas esta franqueza?

ENR. Si me lo llamo yo á cada momento.

COURB. ¿Y tu mujer, no te ama?

ENR. Eso sería lo de menos. Es una mujer sin corazón ni cabeza; ligera como un pájaro y coqueta. Se ha casado conmigo por lo que se casan muchas; porque sí; por obedecer á su madre, que afirma que toda mujer debe procurarse cuanto antes un marido, porque el matrimonio es una institución sumamente elástica.

COURB. ¡Bonita teoría y excelentes máximas!

ENR. ¡Oh! Mi suegra es una profesora en el arte de hacer desgraciados. Así es que vivimos en constante lucha; nos repelemos, nos odiamos á muerte: hablar de ella y ponerme fuera de mi, todo es uno; por aborrecer, hasta aborrece la música, sólo porque yo la cultivo: es entrometida, chismosa, irascible; gasta lo suyo y lo ajeno: ayer mismo se le olvidó al cartero traerme *El Fígaro,* y Diana envió al jardinero á buscarle: pues por la pequeña molestia que se tomó, le dió cinco francos: yo bien sé que merecía una propina, pero cinco francos...

COURB. Como á ella no le dolían...

ENR. Para terminar; Diana, como esposa suplente, sería una

ganga; como mujer propia, es insoportable. ¡Oh! ¡La fiera! (Sale M. Bonivard vestida de bailarina y con flores y lazos en la cabeza.)

COURB. ¿Qué es eso?

ENR. ¡Oh!

ESCENA VIII

DICHOS y M. BONIVARD

ENR. El señor Courbulón, mi tío, capitán retirado. Mi... ma... ma... má... (Conteniendo la rabia.)

COURB. ¡Si, ya!...

ENR. ¡Se me atraganta; no puedo remediarlo!)

COURB. ¡Señora!... (¡Puf!) (Riendo.)

M. BON. ¡Caballero!... (Durante la ejecución de esta escena, la señora Bonivard hace inflexiones y piruetas.)

COURB. y ENR. (¡Puf!) (Riendo.)

ENR. ¿Debuta usted esta noche, mi querida ma... má?

M. BON. ¡Caballero! Respete usted mis mallas y mis años. Voy á retratarme y he tenido el capricho de hacerlo con el traje que lucia en el baile de gran espectáculo *La Sílfide*, una de mis creaciones que estrené en San Petersburgo en presencia del czar.

COURB. ¡Oh! ¡Es magnífico! (¡puf!) ¿Dónde he visto yo esta cara? (Aparte.)

ENR. Pero, señora, ¿le parece á usted decoroso á su edad mostrar semejantes desnudeces y vestirse de mamarracho?

M. BON. ¿De mamarracho? Es decir que este traje y estas flores... Cierto que están algo ajadas, pero...

ENR. No, si las flores y el traje pueden pasar... lo que no puede pasar...

M. BON. ¡Caballero! ¡Caballero! ¡No abuse usted de que no estamos solos.

COURB. Al fin y al cabo es un capricho... y todavía...

M. BON. ¡Oh! Aprenda usted. Gracias, muchas gracias. Me es-

pera el fotógrafo. ¡Señor de Courbulón!... (Vase dando vueltas.)

COURB. ¡Señora!...

ESCENA IX

ENRIQUE y COURBULÓN

COURB. ¡Já! ¡já! ¡já! ¡Está loca! ¡Pobre Enrique! ¡Cómo te compadezco! (¡Y estoy cierto de haber visto esa cara en otra parte!) Pero no hablemos de cosas tristes y hazme conocer alguna composición tuya.

ENR. Tío, si no tengo humor...

COURB. Cantando se ahuyentan las penas.

ENR. Si me dejaran siquieran cantar...

COURB. Vamos, anda; cualquier cosa, lo que tengas más á mano.

ENR. Esta barcarola que dediqué á mi mujer en los primeros días de mi matrimonio. Es la única que mi suegra se ha dignado encontrar de su gusto.

COURB. A ver, á ver.

ENR. (Cantando.) Serena es la noche,
tranquilo está el mar,
ven, prenda querida
conmigo á gozar.
La brisa nos mece
con suave vaivén;
reposa en mis brazos,
reposa, mi bien.
¡Ay, sí!
¡Ay, sí!
¡Duérmete, mi tesoro;
duérmete aquí!

COURB. ¡Bravo! ¡Bravísimo!

ENR. ¿Le gusta á usted? Vale poco, pero otras habrá peores, ¿no es verdad?

COURB ¡Ya lo creo!

ESCENA X

DICHOS y M. BONIVARD

M. BON. Ese Federico es una alhaja; en dos minutos... ¡Paf! ¡Ah! y ha celebrado mucho mi ocurrencia y mi traje. ¡Hasta me ha encontrado rejuvenecida!

ENR. (¡Adulador!) Debe usted ponérselo á diario.

COURB. ¡Ah! ¡Por fin! No hay duda, es ella... ¡Sí, de seguro! ¡Gisela!

M. BON. ¿Eh?

COURB. ¡La misma! Un poco fané... pero la misma... la misma...

M. BON. ¡Caballero!

COURB. ¿No recuerda usted de mí? ¡Fernando! ¡Fernando! El más entusiasta de sus admiradores: en Marsella el año sesenta y dos...

M. BON. ¿El más entusiasta?...

COURB. Sí: de sus admiradores.

M. BON. He tenido tantos... ¡Fernando! ¡Ah, sí; ya recuerdo!... (¡Cómo ha cambiado!)

ENR. ¿De modo que ustedes?...

COURB. ¡Uy!

M. BON. No haga usted juicios temerarios; relaciones platónicas y muy platónicas: en mi larga y peligrosa carrera, nadie ha tenido que decir de mí nada...

ENR. Bueno.

M. BON. ¿Eh?

ENR. Que bueno, que está bien.

COURB. ¡Los *bouquets* que yo la habré enviado con sus correspondientes versos!

ENR. ¿Versitos también?

M. BON. ¡Algunos demasiado ardientes!

COURB. ¿Quién no ha hecho versos alguna vez?

M. BON. ¿Le extraña á usted que me galanteára? ¿Cree usted que siempre he sido una flor marchita? Espere usted; espere.

COURB. ¡Ah! ¡Cuántas noches he pasado bajo sus balcones!

ENR. ¿Con una guitarra?

COURB. Con un frío á cinco grados bajo cero.

M. BON. Mi retrato en *Guillermo*, en *El Profeta*, en *El Céfiro y la Rosa*, yo era la rosa. (Coge un álbum del velador y enseña los retratos.)

ENR. (¡Si llego yo á ser el céfiro!...)

COURB. ¡Qué extragos hace el tiempo! ¡Porque no me negarás que era divina! ¡Oh, bien me acuerdo de todos! (Por los retratos.)

M. BON. ¿Y en *Diavolín*? ¿Recuerda usted qué triunfo?

ENR. Si la dan cuerda...

M. BON. ¿Y en la *Sílfide* cuando bailaba mi famoso paso?... (Baila.)

COURB. ¡Já, já, já! Todavía... todavía...

M. BON. ¡Qué aclamaciones, qué entusiasmo! Una noche me arrojaron doce *bouquets*.

COURB. Míos todos.

M. BON. Y tres coronas.

COURB. Mías también; una llevaba la siguiente dedicatoria: «A la gentil mariposa, un moscón.» ¡Ah, qué dias aquellos, ó mejor, qué noches!

M. BON. Se me esperaba á la salida del teatro, desenganchaban los caballos de mi coche, me llevaban en hombros...

ENR. ¡Qué barbaridad!

M. BON. Hasta el prefecto vino á felicitarme á mi cuarto.

ENR. (Sería su escribiente.)

M. BON. ¡Qué hombre tan amable! ¡Qué distinción, qué elegancia y qué galantería! ¡Oh, los prefectos del Imperio! Aquella raza ha desaparecido.

ENR. Sí: la nueva generación es más prosáica.

M. BON. ¡Y más grosera!

COURB. ¡Já, já, já!

ENR. Bueno, basta de historia antigua, y hágame usted el obsequio de archivar ese traje, porque no estamos en Carnaval.

M. BON. ¡En Carnaval! ¡Pierrot! (Vase furiosa por la derecha.)

ESCENA XI

ENRIQUE y COURBULÓN, y al mutis de M. BONIVARD, salen por la segunda de la izquierda DIANA y FEDERICO

FED. (Saliendo.) ¡Capitán!
COURB. ¡Oh! ¡Esos brazos, querido Federico! Tengo un verdadero placer en saludar á usted, como asimismo á mi sobrina; porque supongo que esta encantadora joven será tu esposa.
DIANA. La misma, tío mío.
COURB. Permíteme que te demuestre mi orgullo y mi satisfacción por el lazo que nos une. ¿Sabes que eres muy linda, y yo he sido amante de las mujeres hermosas?
DIANA. Lo propio me sucede á mí con los caracteres alegres... expansivos.
COURB. Algo alocado soy, lo reconozco; pero...
DIANA. ¿Qué importa? Se queda usted aquí, ¿no es verdad? ¡Cuánto vamos á divertirnos.
ENR. ¿Más todavía?
COURB. Eso es. ¡Viva el buen humor y la alegria! Y eso que mi sobrino...
DIANA. ¿Enrique? Es una marcha fúnebre. No piensa más que en su música y en mortificar á mi mamá.
ENR. ¡Diana!
COURB. Bien: ya le compondremos.
FED. (¡Nada, valor!) Señora, tengo el sentimiento de despedirme de usted.
DIANA. ¿Cómo?
FED. Me marcho: ya se lo he dicho á usted antes.
ENR. ¿Pero hablas seriamente?
FED. Muy seriamente.
DIANA. ¿Y se va usted muy lejos?
FED. ¡Ah!
DIANA. ¿A Borgival? ¿A Nimes?
FED. Más lejos todavía.
DIANA. Me asusta usted.

ENR. ¿Y durará mucho tu ausencia?

FED. Hasta que esté curado.

ENR. ¿Pero estás enfermo?

FED. De mucha gravedad. En fin, ¡qué hemos de hacerlo!

DIANA. Acompañaremos á usted hasta la carretera. Voy á prevenir á mi mamá y á ponerme un sombrero. Adiós, querido tío. (Vase por la derecha.)

COURB. Hasta ahora. Es muy simpática mi sobrina.

ESCENA XII

ENRIQUE, FEDERICO y COURBULÓN

ENR. ¿De modo que estás decidido á emprender un largo viaje?

FED. ¿Por qué no? Soy libre, soy rico y quiero ver el mundo. ¿Hay nada más natural?

ENR. Pero bien; ¿y yo?

FED. ¿Tú?

ENR. Sí, yo. ¿Qué va á ser de mí entre mi mujer y mi suegra?

FED. Acostúmbrate á soportarlas. No siempre he de hacer contigo el papel de tutor. Además, ocupándote sólo de tu música ..

COURB. Dice bien: ocúpate sólo en terminar tu ópera, y yo te prometo venir para el estreno, hálleme donde me halle.

ENR. Gracias; pero el viaje de este amigo de toda la vida es para mí un golpe terrible; jamás nos hemos separado.

COURB. Hombre, sí; cuando te casaste.

ENR. Pero á los pocos días vino á pasar una temporada con nosotros; y luégo otra... y otra...

FED. Vaya, habrá que decírtelo todo, confesarte la verdad.

ENR. ¿Eh?

FED. Es preciso que cuanto antes me aleje de tu casa, ¿lo entiendes? Es preciso.

ENR. ¿Y por qué? ¡Sepamos; no me tengas así!

FED. Porque amo á tu mujer.

COURB. ¿A Diana?

ENR. Déjate de bromas.

FED. Te aseguro que no me bromeo en este instante; y como no quiero pagar con una infame traición tu cariño de hermano, me voy al fin del mundo.

COURB. ¡Bravo! ¡Esto es un amigo! ¡Qué pocos ejemplares quedan ya como usted!

ENR. ¿De modo que ni aun á mi esposa has respetado?

FED. No digas atrocidades; ¿me quieres aún más respetuoso?

ENR. Porque aquí donde usted le vé, no he tenido una novia que no me haya quitado á los tres días.

FED. Algunas, antes; pero eso, ¿qué prueba? Que siempre hemos tenido los mismos gustos.

ENR. Sí; pero quitarme á mi mujer...

COURB. ¿No oyes que se marcha por no quitártela?

ENR. ¡Por vida!... ¿Por qué no te casas? Yo te buscaré pareja. Precisamente conozco una bellísima y discreta joven, que es un gran partido. Todos los domingos la veo con su padre en los conciertos del *Chatelet*.

FED. Muchas gracias; te lo agradezco.

ENR. Te digo que es deliciosa, modesta, elegante...

FED. Bueno, sí; pero no la amo.

ENR. Pues rompes con la tradición.

FED. ¿Por qué?

ENR. Porque á mí me gusta muchísimo y como nuestros gustos son iguales...

FED. Todo lo que no sea Diana...

ENR. Hombre, no seas cínico y comprende que soy el legítimo poseedor.

FED. Por eso no te la pido.

COURB. Ni te la roba: ¡el hombre no puede ser más razonable!

ENR. ¡Demonio!

FED. No hay más remedio que partir: ¡adiós!

ENR. Adiós, pobre mártir.

FED. Oye, Enrique; el último favor.

ENR. Concedido.

COURB. ¡Sobrino!

ENR. Concedido: pídeme lo que quieras.

FED. Yo sería muy feliz si pudiese llevarme un sólo recuerdo de Diana. ¡Cualquier cosa, por insignificante que sea!

ENR. Corriente: llévate á su madre.

COURB. ¡Já! ¡já! ¡já!

FED. ¡Oh!

ESCENA XIII

DICHOS; DIANA y M. BONIVARD

DIANA. Ea, ya estamos aquí.

FED. ¡Llegó mi hora! ¡Ay, Diana! ¡Diana!

COURB. ¿Qué Diana? La retreta es lo que tiene usted que tocar: vamos, le acompañaré á usted y me traeré mi equipaje.

ENR. Pero, ¿vuelve usted á comer?

COURB. Sin duda.

M. BON. Si les parece á ustedes, saldremos por el jardín.

DIANA. Iba á proponerlo; se acorta camino.

FED. Y antes me pierde usted de vista. ¡Ah!

ENR. ¿Qué te sucede? ¡Valor!

M. BON. Vamos, vamos. (Vanse los cuatro por la izquierda.)

MAR. (Entrando con una tarjeta.) Este caballero pregunta por el señor.

ENR. Ahora no puedo recibirle.

MAR. Parece que desea comprar el hotel.

ENR. ¿Cómo? A ver. «¡Bourganeff, exdroguero!» ¿Exdroguero?... Con seguridad que es millonario. ¡Bourganeff! No le conozco. En fin, que tenga la bondad de pasar aquí y esperar un momento. (Vase Marietta.) ¿Comprar el hotel? ¡No caerá esa ganga! Soy capáz de vendérsele con muebles y todo, suegra inclusive. ¿Eh? (Mirando por la ventana.) ¡Diana! ¡Federico! ¡Qué

paso llevan! ¡Uy! ¡Qué chaparrón nos amaga! ¡Lo que va á llover! (Vase por la izquierda.)

ESCENA XIV

BOURGANEFF, GABRIELA y MARIETTA

MAR. Hagan ustedes el favor de esperar aquí: el señor vendrá en seguida.

BOURG. Gracias. (Vase Marietta.)

GAB. Pero díme, papá: ¿de veras quieres comprar esta finca?

BOURG. ¿Yo? ¿Comprar un palmo de tierra en Besinet? ¡Dios me libre! Si me la diera casi regalada, no digo que no; aunque ni aun así la tomaría. He descubierto un hotelito en Villanueva de San Jorge...

GAB. ¿Sí?

BOURG. Lo más cuco...

GAB. Entonces, ¿á qué venimos aquí?

BOURG. ¡Qué inocente eres! Mira tu vestido y mi traje; todo de verano: no tenemos paraguas y está amenazando un gran chubasco.

GAB. ¡Ah!

BOURG. Natural es que busquemos dónde cobijarnos. En París, siempre que llueve y me encuentro desarmado como ahora, en vez de meterme en el café á gastar dinero, me dedico á ver pisos desalquilados.

GAB. ¡Excelente recurso!

BOURG. ¡Vaya!

GAB. Pero, ¿qué vas á decir á ese señor cuando se presente?

BOURG. Pues nada; que deseo comprarle la quinta y enterarme del precio, condiciones, etcétera, etcétera. No comprenderá el juego, descuida.

GAB. ¡Él es!

ESCENA XV

DICHOS y ENRIQUE

ENR. ¡Ruego á ustedes me dispensen!... ¿Cómo? ¿es usted? ¡Señorita!... (Saludando.)

BOURG. (¡Demonio!) Sí... yo... en persona.

GAB. (¡Nuestro vecino de conciertos!)

ENR. ¡Qué sorpresa!

BOURG. Sí; mucho, mucho.

ENR. ¿Y á qué debo el placer?...

BOURG. Nada, que veníamos paseando, y casualmente me fijé en el cartelito de la verja...

ENR. Sí, ya comprendo; ¿y desean ustedes comprar esta finca?

BOURG. Hombre, la verdad es que no estoy aún decidido... hace años que me bulle en la cabeza comprar una casita de campo... pero...

ENR. La ocasión no puede ser más oportuna, y me permito aconsejar á usted que la aproveche. Sí, mi querido amigo, estoy en la mejor disposición de ánimo respecto á usted.

BOURG. ¿Pues cómo?

ENR. Hace un instante he hablado aquí de ustedes.

BOURG. ¿De nosotros? ¿Y á propósito de qué?

ENR. A propósito de... Pero siéntese usted, señorita, y perdone si antes...

GAB. Mil gracias. (¡Es simpático!)

ENR. Pues á propósito...

BOURG. (Entendiendo el juego.) Hija mía, entretente en mirar esos grabados.

GAB. (¡Qué se dirán!)

BOURG. ¿A lo que parece, se trata de Gabriela? (Se sientan en el sofá y Gabriela en la butaca de la derecha.)

ENR. Si; pero quisiera ante todo hacer á usted una pregunta.

BOURG. ¿Cuál?

Enr. Si soy indiscreto, no me conteste.

Bourg. Sepamos.

Enr. ¿Su hija de usted, tiene muchos deseos de casarse?

Bourg. ¡Hombre, según con quién! Por mi parte no ambiciono otra cosa.

Enr. ¿Sí?

Bourg. Y usted lo comprenderá fácilmente: el matrimonio aseguraría el porvenir de mi Gabriela y me devolvería al propio tiempo mi libertad. Yo me casé muy joven, enviudé á los dos años y me consagré por entero á mi hija; así, que no he tenido ocasión de divertirme, de correrla...

Enr ¡Ya!

Bourg. ¡Y qué demonio, si me quedan diez años de vida, quiero aprovecharlos!

Enr. ¡Es natural!

Bourg. Ya ve usted que le hablo con toda franqueza, como á un antiguo amigo.

Enr. ¡Oh!

Bourg. Tengo seguridad que mi Gabriela puede hacer feliz á cualquier hombre. Es discreta, alegre, laboriosa, de pocas aspiraciones... y apasionadísima por la música.

Enr. ¡Ah! ¿También eso?

Bourg. Lo que se llama una excelente proporción; si usted se casa con ella...

Enr. Perdone usted... no se trata de mí.

Bourg. ¡Ah!

Enr. Porque yo estoy casado.

Bourg. Lo siento.

Enr. (No tanto como yo.) Si no fuera así... Se trata de uno de mis mejores amigos, joven, rico y de talento, que va á emprender hoy mismo un corto viaje.

Bourg. ¡Ah! Pues por corto que sea, tiene tiempo...

Enr. Sin embargo, para cuando vuelva, podríamos ir explorando el ánimo de su hija.

Bourg. Hablaremos en el próximo concierto. (Levantándose.)

¡Gabriela, hija mía, ya es hora de tomar el tren y no podemos perder minuto.

GAB. ¿Se han arreglado ustedes?

ENR. Todavía no; de usted depende todo.

GAB. ¿De mí?

BOURG. Agradezco á usted infinito la cariñosa acogida...

ENR. Pero, ¿no quiere usted recorrer la propiedad?

BOURG. En el próximo concierto hablaremos. ¿A ver si ha aclarado? (Mira por la ventana.) ¡Sí, sí!

ENR. De todas maneras, prometo á usted no tratar con nadie sin prevenirle.

BOURG. Muchas gracias. ¡Hasta muy pronto, amigo mío, hasta muy pronto!

ENR. ¡Señorita!...

GAB. ¡Caballero!... (¡Es simpático!)

BOURG. No llueve, no; ha pasado la nube. Adiós. (Vanse.)

ENR. (¡Es encantadora esta joven! ¡Qué aire de bondad y de modestia! ¡Y con un corazón de artista! ¡Esa es la mujer que á mí me hubiera convenido, y con la que yo habia soñado! En fin... pongámonos por quinta vez en situación. ¿Dónde estaba? ¡Aquí!) (Toca.)

ESCENA XVI

ENRIQUE, M. BONIVAR, DIANA y ALDEANOS

Entra Diana: los Aldeanos traen á la señora Bonivard, que viene desmayada y el pelo suelto y mojado.

DIANA. ¡Pronto, pronto; una cama, un sillón!

ENR. ¿Qué es eso? ¿Qué tienes?

DIANA. ¡Ay, Dios mío!

ENR. ¿Qué?

DIANA. Mamá...

ENR. ¿Ha muerto?

DIANA. La tabla...

ENR. ¿Qué tabla?

DIANA. Ha querido pasar por el puente...

ENR. ¿Qué puente?

DIANA. ¡Ay, Vírgen Santísima, qué susto! ¡Por aquí! (Entran los Aldeanos con M. Bonivad.) ¡Con mucho cuidado, colocadla en este sillón! ¡Mamá!

ENR. Pero, ¿qué le ha sucedido?

ALD. 1.º Nada, señor; casi nada

ALD. 2.º Se ha caído al estanque...

ENR. ¡Ah, vamos un chapuzón!

DIANA. ¡Mamá!

M. BON. ¡Hija mía! (Vuelve en sí.)

ENR. (¿Pero respira aún?)

M. BON. ¡Ay, hija mía! (Llorando.)

ENR. (¿Y tiene fuerzas para llorar?)

DIANA. Vamos, cálmese usted: no ha sido nada.

M. BON. ¡Enrique!... (Pausa.) ¡Enrique!... (Pausa.) ¡Enrique!... (Muy fuerte.) Da quinientos francos á esta pobre gente.

ENR. ¿Eh? ¿Quinientos francos?

M. BON. Bien lo merecen. Con una abnegación sin igual, me han salvado la vida...

ENR. ¿La vida? Si no os marcháis de aquí inmediatamente... ¿Quién os manda?...

M. BON. Vamos, ¿qué esperas?

ENR. ¡Quinientos francos!

M. BON. ¿Serás capáz de negarte?

ENR. ¡Ya lo creo!

M. BON. ¿Oyes esto, hija mía?

DIANA. ¿De modo que la vida de mi madre no vale para tí esa miseria?

ENR. ¡Quinientos francos! En la Prefectura dan quince por cada ahogado ó semi ahogado que se saca á flote. Aquí, ni siquiera se trata de eso... (¡Ojalá se tratase, no digo quinientos, mil, y las gracias encima!)

M. BON. Será capáz de sentir que no me haya ahogado.

DIANA. ¡Caballero! ¡Una buena hija, no puede tolerar semejantes insultos!

ALD. 1.º Lo dejaremos en la mitad.

ENR. ¿En la mitad? Si queréis cinco francos.

M. BON. ¿Cinco francos? ¡Asesino!

ENR. ¡Señora!

DIANA. ¡Mamá, por Dios!

M. BON. ¡Sí, asesino! ¡Quieres desembarazarte de mí á toda costa!

ENR. Señora... vaya usted á secarse.

M. BON. Constantemente te he venido repitiendo que era preciso componer ese puentecillo, porque la tabla estaba podrida, y tú te has hecho el sueco esperando que un día se rompiera bajo mis piés.

ENR. ¡Oh!

M. BON. ¡Lo esperaba, lo esperaba, hija mía!

DIANA. ¡No tienes corazón!

ENR. ¡Diana!

DIANA. ¡Déjame! ¡Te abomino!

ENR. Pero...

M. BON. Le prohibo á usted acercarse á mi hija.

ENR. Señora, que empiezo á volverme loco y no respondo... Hágame usted el favor de marcharse.

M. BON. ¿Yo? ¿Marcharme yo? Mi hija está aquí, en su casa, y yo estoy en la casa de mi hija.

ENR. Le digo á usted que se marche.

M. BON. Que no me da la gana.

ENR. Mire usted lo que dice.

DIANA. ¡Vamos, mamá!

M. BON. ¡Marcharme ahora, retroceder ante un hombre tan indigno! ¡Jamás!

ENR. ¡Llévatela, ó no respondo de mí!

M. BON. ¡Déjale, si no le temo! ¡Murguista! ¡Rata de órgano!

ENR. ¿Cómo? ¡Repítalo usted, repítalo usted!

M. BON. ¡Murguista! ¡Murguista!

DIANA. ¡Mamá! ¡Enrique!

ENR. ¡Oh! ¡Ahora mismo! (Quiere pegarla y Diana, que está en medio les impide acercarse uno á otro.)

M. BON. No me toque usted, no me toque usted, ó le juro ..

ENR. ¿Que no?

M. Bon. ¡Toma! (Le da una bofetada.)

Enr. ¡Oh! ¡Ya no respeto! (Lucha y pega una bofetada que recibe Diana.)

M. Bon. ¡Cobarde! ¡Ha pegado á mi hija!

Enr. Diana, por Dios, yo te juro...

Diana. ¡Cobarde! ¡Cobarde!

M. Bon. ¡Lesiones graves! ¡Cuatro testigos! ¡Caso previsto por la ley! ¡Nos divorciamos, caballero!

Enr. ¡Diana!

Diana. ¡Nos divorciamos, primero es mi madre!

Enr. ¡Pues bien; basta de sufrir! ¡No es mía la culpa!

M. Bon. ¡Sígueme, hija mía! No estemos aquí un minuto más. Vamos. En el Tribunal nos veremos.

Enr. Muy bien; mañana mismo.

M. Bon. ¡Murguista! ¡Murguista! ¡Murguista! (Enrique coge una silla para tirársela: aquéllas dan un grito y se van corriendo por la segunda de la derecha.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

La escena representa una sala elegante. Cuatro puertas laterales y una al foro; á cada lado de éstas una ventana. Velador en el centro y dos sillas volantes. En primer término izquierda, sofá. En primero derecha, una butaca y silla; y en segundo, piano.

ESCENA PRIMERA

ENRIQUE y COURBULÓN; después VICTORIA

ENR. ¡Qué sosiego tan encantador! ¡Qué hermosa tranquilidad! ¡Esto es vivir! Ahora sí que me cundiría el trabajo, si tuviera gana de trabajar. ¡Es tan dulce la holganza! En fin, sacudamos la pereza y al yunque.

COURB. Buenos dias, mi querido sobrino.

ENR. ¿Eh? Nada, otro día será...

COURB. ¿Estabas trabajando? ¿Estorbo?

ENR. ¡Tío, por Dios! Pero yo no le esperaba á usted hoy.

COURB. ¿Cómo había de olvidarme del primer aniversario de tu segundo matrimonio?

ENR. ¡Hola! ¿Se ha acordado usted?

COURB. Y traigo además mi consiguiente regalito á tu bella esposa.

ENR. ¿De veras? Pues serán dos por lo menos los que reciba. Cuánto le agradezco su atención... ¿Y Gabriela? ¡Oh! Es usted el mejor tío del mundo.

COURB. ¿Dónde está tu mujer?

ENR. Probablemente en el jardín.

COURB. ¿Y te encuentras bien aquí en Villanueva de San Jorge? ¿No echas de menos París?

ENR. Para nada. Esta finca que mi suegro tenía hace años deseo de comprar, es deliciosa y vivo en ella como un príncipe, disfrutando de una paz octaviana.

COURB ¿De modo que eres feliz?

ENR. ¡Felicísimo! Gabriela es el prototipo de la perfecta casada. Me profesa verdadero amor y hace justicia á mis cualidades, disimulando á la par mis defectos.

COURB. ¿Y cómo te arreglaste?...

ENR. Del modo más sencillo: me abono á los conciertos; me fijo en una encantadora joven, abonada como yo; hago conocimiento con su padre, paso á ser amigo, y por último, poseedor de tan precioso tesoro...

COURB. ¡Já! ¡já! ¡já! ¡Y pensar que destinabas á Federico tan hermosa criatura!

ENR. No podía entonces ser para mí.

COURB. ¿Has tenido noticias?

ENR. ¿De quién?

COURB. De Federico.

ENR. Acaba de regresar á París.

COURB. Después de dos años.

ENR. Durante los cuales no ha dado señales de vida hasta que ayer me telegrafió, diciéndome que pronto nos veríamos.

VICT. (Por el foro con una carta.) Una carta para el señor.

ENR. Trae. De mi notario. (Lee.) ¡Eh! (Con mucho asombro.)

COURB. ¿Qué te dice?

ENR. «Mi estimado cliente: Acabo de recibir en este momento carta de la señora Bonivard, su exsuegra.» ¡Oh! (Furioso.)

COURB. ¡Vamos, cálmate!

ENR. No puedo, no puedo remediarlo. Es superior á mí. Al solo nombre de esa mujer... ¡Mire usted! ¡Mire usted cómo estoy!

COURB. ¡Já! ¡já! ¡já! ¡Calma, hombre, calma!

ENR. «Su ex...» ya no veo, no puedo seguir... Déme usted un poco de agua. (Bebe.)

COURB. Continúa.

ENR. «Carta de la señora Bonivard, en la que me manifiesta que su hija ha contraído nuevo matrimonio.»

COURB. ¿Eh? ¿Diana se ha vuelto á casar?

ENR. Así parece: me ha imitado.

COURB. Hasta ahora no veo el disgusto.

ENR. Ya saldrá. «La pensión de cinco mil francos que usted había señalado á su primera mujer, como consecuencia del divorcio, queda, pues, legalmente anulada.»

COURB. ¡Bravo! ¡Te felicito!

ENR. «Pero la señora Bonivard reclama el pago inmediato de cien mil francos reconocidos por usted á su hija en los contratos matrimoniales.» ¿Eh? ¿No decía yo?

COURB. ¿Y quién te manda?...

ENR. «Dicha cantidad debe ser entregada al caducar la pensión; la cláusula está terminante: le ruego, por lo tanto, que se sirva hacer efectiva esa suma, para que yo pueda remitirla á la interesada.» ¡Cien mil francos! ¡Cien mil tiros que la partan!

COURB. Pues no tienes más remedio que mandárselos. ¡Qué diantre! Tu felicidad bien vale esa suma. ¡Diana y tú, no podíais vivir juntos! Viva el divorcio y hazte cuenta que los has perdido á una carta.

ENR. ¡No; que me los han robado!

COURB. Como quieras. ¿Y tu suegro, no ha vuelto aún?

ENR. Ni volverá en algún tiempo. Está corriéndola, como él dice: A los pocos días de casarnos tomó el tren y se fué á disfrutar por esos mundos. Es un bellísimo sujeto. Su última carta está fechada en Luchón.

COURB. Aquí está tu mujer.

ENR. ¿Sí? Pues preparemos nuestras sorpresas.

ESCENA II

DICHOS; GABRIELA, por la segunda de la izquierda.

GAB. ¡Oh! ¡mi querido tío! ¿Por qué no me han avisado que estaba usted aquí? ¿Pasará usted el día con nosotros, eh? ¡Qué gusto!

COURB. Es un angel esta muchacha.

ENR. ¡Esposa mía!

COURB. ¡Sobrina de mi corazón! (Presentan los regalos cada uno por un lado.)

GAB. ¿Eh? ¿Qué es esto?

ENR. Un brazalete, emblema de mi esclavitud.

GAB. ¡Ah! ¿Y esto?

COURB. Unos pendientes, emblema de mi cariño.

GAB. ¿Y todo para mí?

ENR. Todo.

GAB. ¡Oh! ¡Qué bueno eres! ¡Qué amable es usted! ¡Qué preciosos regalos! Pero, ¿por qué causa?

COURB. ¿No te recuerda nada el día de hoy?

ENR. ¡Veinte de Septiembre!

GAB. Veinte de... ¡Ah, si! Perdona, perdona, mi querido Enrique; aniversario de nuestro matrimonio. ¡He sido tan felíz en este año! ¡Ha pasado tan de prisa!

ENR. ¡Así pasen todos!

COURB. Ea; ¿cómo vamos á celebrar este gran día?

ENR. Propongo pasarlo en París. Yo pago el almuerzo, pero un almuerzo de príncipes; por la tarde al bosque; por la tarde á pasear nuestra dicha; por la noche al teatro; y en el tren de las doce y media, á casa. ¿Se aprueba la idea?

GAB. Por mí...

COURB. No; á Gabriela no la gusta el plan, ni á mí tampoco: nada de París.

GAB. Es claro.

COURB. La felicidad ės enemiga del bullicio: quedémonos en nuestra casita.

GAB. Sí, sí.

ENR. Como ustedes quieran; pero no estaremos todo el día encerrados: desde que tu padre compró esta posesión, no nos hemos movido de aquí; justo es que nos aireemos.

GAB. ¿Quién nos lo impide?

COURB. Este sobrino mío nunca está contento.

ENR. ¿Cómo que no?

COURB. Antes suspirabas por la tranquilidad y el reposo: hoy...

ENR. Hoy no quiero apoltronarme; eso es todo. Si esta mujercita mía no fuera tan tirana...

GAB. ¿Yo?

ENR. ¿Por qué te opusiste hace tres meses á que nos reuniéramos en Pau con tu papá?

GAB. Me encontraba tan bien aquí...

COURB. ¿Y quién sabe si vuestra presencia le hubiera contrariado?

ENR. ¡Já, já! Tal vez...

GAB. ¡Pobrecillo! No le calumnies.

ENR. Al contrario; si me explico perfectamente... El hombre no ha podido correrla antes...

GAB. Enrique...

ENR. Niégame que desde que nos casamos...

GAB. Y hace muy bien; es libre, á nadie perjudica...

ENR. ¿Cómo te explicas si no su prolongado silencio? Hace más de un mes que no nos escribe...

GAB. Bueno; pues si dentro de ocho días no ha venido, nos vamos los tres á buscarle.

ENR. ¿A Luchón?

GAB. Es claro.

ENR. (Aparte.) (¡Inocente! ¡Dios sabe dónde estará!)

COURB. ¡Já, já! Con alguna princesa rusa... ¡Cómo me gustaría sorprenderle!... ¡Ah! me ocurre una diversión; esperadme aquí; voy á traeros el almuerzo.

GAB. ¿Va usted á pescar?

COURB. Lo menos seis truchas de á libra. Antes de una hora...

GAB. Por si acaso, mandaré que compren salmón.

COURB. ¡Já, já! ¡Encantadora, encantadora! (Vase por el foro.)

ESCENA III

ENRIQUE y GABRIELA

GAB. Y nosotros vamos en un instante á hacernos presentes en la rifa de caridad de la señora Sartory.

ENR. Vamos, siempre es una distracción.

GAB. ¿De modo que ya te aburres á mi lado?

ENR. ¿Quieres callar, tonta?

GAB. Sí, te aburres; lo comprendo, y es natural. Harías antes una vida tan diferente...

ENR. ¡Mujer!...

GAB. ¡Bailes, fiestas, aventuras amorosas!...

ENR. ¡Oh!

GAB. ¿Qué tiempos, no es verdad?

ENR. Sí; pero ya...

GAB. ¿Me quieres mucho?

ENR. Mucho.

GAB. ¿Y no has querido á nadie antes que á mí?

ENR. ¡Oh!

GAB. ¡Eso, eso es lo que me martiriza! Pensar que has amado á otra mujer; á otra mujer que ha llevado tu nombre; que, como yo, te prodigaba sus caricias; que, como yo, te amaba... no, como yo no.

ENR. No, no; dices bien.

GAB. Sé franco; ¿te has vuelto á acordar de ella?

ENR. ¡Jamás, te lo juro!

GAB. ¿Y por qué os separásteis? ¡Nunca me lo has dicho!

ENR. Por causa de su madre.

GAB. ¿De modo que á ella nada tenías que reprocharla?

ENR. Sí; el tener tal madre.

GAB. ¿Era bonita?

ENR. No; una vieja ridícula, fea...

GAB. No hablo de la madre, sino...

ENR. ¿Y á qué ocuparnos de quien ya ha muerto para mí?

GAB. Sin embargo...

ENR. Comprende que me pones en un grave apuro, y que debo respetar... Ocupémonos sólamente de nosotros.

GAB. Bien; pues supongamos que eres viudo...

ENR. No es lo mismo.

GAB. Si lo fueras, ¿hablarías con elogio de tu primera mujer?

ENR. Un viudo no suele hablar de su primera mujer, sino cuando quiere humillar á la segunda.

GAB. ¿Se me parecía?

ENR. ¡Oh, no!

GAB. ¿Era más guapa que yo?

ENR. Era... otro tipo.

GAB. ¿Rubia?

ENR. ¡Morena!

GAB. ¿Alta?

ENR. Un metro cincuenta: boca, regular; frente, regular; cara, regular; naríz, regular; todo regular.

GAB. ¡Oh! ¡No te burles!

ENR. ¡Curiosona! ¡Hija de Eva al fin! Vives completamente felíz con tu ignorancia, y, sin embargo, tu imaginación se complace en inventar peligros y levantar obstáculos á nuestra dicha.

GAB. Tienes razón; soy una loca. ¡Abrázame!

ENR. Con toda el alma. ¿Pero no salimos ya?

GAB. Sí; voy á ponerme el sombrero. Hasta ahora... y conste que nadie te ha querido tanto como yo. (Vase por la segunda de la izquierda.)

ESCENA IV

ENRIQUE; á poco VICTORIA

ENR. ¡Qué diferencia! ¡Me parece que estoy soñando! (Enrique tocó antes el timbre y sale ahora Victoria por el foro.) Victoria; el sombrero y el abrigo.

VICT. En seguida, señor. (Vase por la primera de la derecha.)

ENR. Qué afán de hablar del pasado y de remover las cenizas para cerciorarse si existe fuego aún. (Sale Victoria con lo pedido por Enrique y se lo da.) Gracias. (Vase Victoria por el foro.) Bien segura puede estar de que todo se ha extinguido.rDiana, ó, mejor dicho, su madre, habrá hecho otra nueva víctima y sabe Dios dónde habrá ido á dar con sus huesos. Ayer, despues de mucho tiempo, me acordé por primera vez de mi exesposa. Revolviendo mis papeles, encontré entre ellos una barcarola que le dediqué en los albores de mi matrimonio. ¡No es fea! (Canta la barcarola.)

ESCENA V

DICHO y GABRIELA; después VICTORIA

GAB. Dígame usted, caballerito; ¿á quién dedicaba usted esta barcarola? (Saca un papel en la mano y ésta puesta atrás hasta que se le enseña.)

ENR. ¡Demonio!

GAB. La tenía usted bien guardada, pero no le ha valido; yo soy una ratilla que lo revuelvo todo.

ENR. Yo te diré.

GAB. Nada, porque es inútil. Toma, toma en castigo. (Le abraza.)

ENR. ¡Y me abraza!

GAB. No podías darme mejor sorpresa... porque esto significa que piensas en mí, hasta cuando trabajas.

ENR. ¿Puedes dudarlo?

GAB. ¡Y qué dedicatoria tan tierna! «A mi amantísima esposa.»

ENR. (¡Infelíz!) (Aparte.)

GAB. (Leyendo.) «Voguemos, voguemos.» ¡Oh! ¡qué letra tan bonita! ¿Por qué lo tenías tan callado?

ENR. Tú lo has dicho; porque quería sorprenderte cantándola cuando estuviéramos solos.

GAB. ¿Sí? Pues cantémosla ahora.

ENR. ¿Y la rifa de la señora Sartory?

VICT. (Por el foro.) ¡Una carta para el señor!

GAB. ¿A ver? ¿Será de papá?

ENR. O de Federico. Le espero de un instante á otro. (Abre la carta.) Pues es de tu papá.

GAB. ¡Por fin! Deja que la lea yo. (Lee.) «Mis queridos hijos: recibo hoy vuestra carta...»

ENR. ¿Cómo hoy? ¿Al mes? ¿Desde dónde escribe?

GAB. (Leyendo.) «Ginebra, diecinueve.»

ENR. ¡Ayer! ¿Y regresa por Ginebra de Luchón? (¡Ah! ¡pillo!)

GAB. (Leyendo.) «Recibo hoy vuestra carta y comprendo vuestra impaciencia, de la que también participo: salgo esta noche y llegaré á esa mañana.»

ENR. ¡Hoy!

GAB. ¿Qué gusto? ¿Qué alegría? «Tengo que contaros muchas cosas.»

ENR. ¡Calaverón! ¡Algo se callará!

GAB. «Nada más grato para un padre, que abrazar á sus hijos tras una larga separación.»

ENR. ¿Y por qué no ha venido antes?

GAB. Quizá los negocios ó el restablecimiento de su salud...

ENR. Sí, sí.

GAB. «Os abraza por escrito mientras puede hacerlo de viva voz, vuestro padre...» (Llaman al timbre.)

ENR. ¿De viva voz? ¡Qué buen humor gasta mi suegro!

GAB. (A Victoria.) Prepare usted el gabinete azul y la alcoba... ¡Ya sabe usted, la de papá!

VICT. Bien, señora.

GAB. Ea; y démonos prisa para que nos encuentre aquí cuando llegue.

ENR. Vamos, avisa á la cocinera.

VICT. En seguida. (Vase por el foro.)

GAB. Anda, vamos, vamos por el jardín que está más cerca. ¿Ay, qué gusto? ¿Qué contenta estoy? (Vanse.)

VICT. (Que no se ha ido.) Esto se llama un matrimonio modelo: hace seis meses que estoy aquí y no les he oído la más pequeña disputa. ¡Si yo encontrara un hombre como el señorito!...

ESCENA VI

DICHA; DIANA, M. BONIVARD y BOURGANEFF, por el foro.

BOURG. ¡Chist! ¡Victoria!

VICT. ¿Quién? ¡Ah! ¡El señor!

BOURG. ¡Chist! ¡Silencio! ¿Dónde está mi yerno?

VICT. Acaba de salir con la señora.

BOURG. ¡Loado sea Dios! ¡Respiro! ¡Chist! ¡Por aquí! ¡Venid por aquí!

M. BON. (Entrando con Diana.) Pero ¿qué significan estos misterios? Entrad; no entréis; no hagáis ruido; esperad un poco... ¡Ya estoy yo harta! ¿Estamos en su casa de usted, sí ó no?

BOURG. ¡Déjanos, Victoria! (Mutis.)

ESCENA VII

DICHOS, menos VICTORIA

M. BON. Responda usted. ¿A qué vienen estos tapujos?

BOURG. No conviene que se entere la doméstica...

M. BON. ¿De qué? ¡Ni que fuéramos conspiradores!

DIANA. ¡Tiene razón, mamá! ¿No es usted mi marido?

M. BON. ¿No es usted mi yerno?

BOURG. Sí, sí señora; pero ya le he dicho á usted que tengo una hija, y que esa hija está casada.

M. BON. ¿Y qué?

BOURG. Que todavía no me he atrevido á darles cuenta de mi matrimonio; y como esperan todas las desgracias, es decir, todo menos eso... francamente, tengo cierto temor... y... vamos, me asusta la primera entrevista.

DIANA. ¿Acaso no es usted dueño de obrar como mejor le parezca?

BOURG. Ya lo creo que lo soy.

DIANA. Entonces...

M. BON. ¡Es usted un cobarde!

BOURG. ¿Eh?

M. BON. ¡Que temblará como un niño ante su yerno! ¡Oh, poco se parece usted á mí!

BOURG. Sí; mi querida mamá, sí; comprendo que debo parecerle á usted algo pusilánime... y la idea de que mis hijos tomen á mal mi matrimonio... Por supuesto que en cuanto conozcan y traten á Diana, y sobre todo á usted... Afortunadamente han salido de casa, y esto nos permite buscar una ocasión oportuna...

M. BON. ¡Mandria!

BOURG. Señora, la ruego á usted que no use conmigo ciertas frases... yo soy un hombre bien educado y comedido, incapáz de faltar á nadie, y quiero que se me trate de igual modo.

M. BON. ¡Eso es decir que yo soy una grosera!

BOURG. Eso es decir que desde anteayer que me casé, la ha tomado usted conmigo, sin causa ni razón para ello.

DIANA. Dispénsela usted. Son genialidades.

BOURG. Todo por tí, mi querida Diana. Voy á ver si está preparada nuestra habitación. ¡Nuestra habitación! ¡Ah!

M. BON. ¿Y la mía? ¿Se puede saber cuál es mi cuarto?

BOURG. Creo que ese. (Señalando la segunda puerta de la izquierda.)

M. BON. Ahora entraré á ver si me gusta.

BOURG. Bien. (No echarás tú raíces á mi lado.) (Se va por la primera de la derecha.)

ESCENA VIII

DIANA y M. BONIVARD

M. BON. ¡Jesús, me exaspera este hombre!

DIANA. ¿Por qué? ¿Qué motivos te ha dado?

M. Bon. Ninguno; pero creo que le voy á odiar todavía más que al otro.

Diana. No hay quien te entienda. Haces todo lo imaginable porque me case; y cuando consigues tu objeto, empiezas á renegar de mis maridos. Y á fe que yo no puedo ser más obediente; porque no me negarás que, si me he casado con este buen hombre...

M. Bon. Ha sido por mí, no lo niego, y estoy muy arrepentida de la elección. Pero reflexiona un instante. No todo el mundo quiere cargar con una divorciada... y la prueba es que, al cabo de dieciocho meses, este es el único que ha solicitado tu mano é insistido en la demanda. Sí, hija mía; el problema era muy difícil de resolver. El divorcio será una gran cosa cuando nos hayamos acostumbrado á él; pero hasta tanto que eso ocurra... Es como una cosa nueva; conviene que otros sequen antes las paredes.

Diana. ¡Ah! Si Federico hubiese permanecido en Francia en vez de andar recorriendo el mundo...

Bourg. Esa es mi pena, no haberle elegido para yerno. ¡Un joven tan amable, tan distinguido! ¡Y con ochenta mil francos de renta! ¡Qué gran proporción!

Diana. Y yo le hubiera amado, estoy segura.

ESCENA IX

DICHAS y BOURGANEFF

Bourg. ¡Todo está arreglado: no falta más que la ropa en la cama! en nuestro lecho. ¡Ah!

M. Bon. ¿Está usted malo?

Bourg. ¿Yo?

M. Bon. Como suspira usted de esa manera...

Bourg. ¡Y lo extraña! ¡Hace tres días que nos hemos casado, y no nos ha dejado solos un instante!

M. Bon. ¿Tanto le molesta á usted mi compañía?

Bourg. Señora, á todo recién casado le molesta hasta el aire.

M. BON. ¡Caballero!
DIANA. ¿Empieza usted otra vez?
M. BON. ¡Decirme que soy importuna!
DIANA. ¡Vamos!
BOURG. ¡Y lo repito, sí, señora! ¡Vaya! He pasado dos meses cerca de Diana consagrado exclusivamente á ella...
M. BON. Procurando enamorarla, seducirla...
BOURG. ¡Naturalmente!
DIANA. ¿Cómo naturalmente?
BOURG. Haciendo mi papel de enamorado. Me decido á pedirla por esposa; me exige usted que antes le asegure cien mil francos, se los aseguro... me caso... y como el primer día.
DIANA. ¡Já, já, já!
BOURG. ¡Sí, sí; ríete! ¿Es esto justo? ¿Se hace esto con un hombre de bien? ¡Y aún se extraña usted de que suspire!
DIANA. ¿Y quién tuvo la culpa de que saliéramos para Ginebra á la media hora de habernos casado?
BOURG. Porque quería pasar en Suiza la luna de miel.
M. BON. ¿Y soy yo también la responsable de que se prendiese fuego á la fonda?
BOURG. No; pero se opuso usted á que nos fuésemos á otra.
M. BON. ¡Si no tenía fuerzas para moverme!
BOURG. Bueno: me resigné, y les propuse á ustedes venirnos aquí, á mi casita de Villanueva.
M. BON. Y aquí estamos.
BOURG. ¡Catorce horas de tren! Tomamos un departamento de *Slipin;* pero la primera persona que subió al coche fué tu señora mamá.
DIANA. ¿Habíamos de dejarla abandonada?
M. BON. ¡De eso trataría!
BOURG. No, señora; pero me proponía encerrarla.
M. BON. y DIANA. ¿Eh?
BOURG. Instalarla en algún reservado.
M. BON. ¡Ya!
BOURG. En fin, que hace tres meses que salí de mi casa, libre

y solo, y hoy vuelvo escoltado por mi esposa que no me tutea todavía, y por mi suegra, que me tutea demasiado, y esta situación es insostenible.

DIANA. Pues bien; ya estamos en los dominios de mi señor feudal; mandad á vüestra sierva.

BOURG. ¡Oh!

M. BON. ¿Vamos á desnudarnos, hija mía?

DIANA. Sí; nos refrescaremos un poco.

BOURG. Bueno; vamos.

M. BON. ¿Usted? ¿Dónde va usted?

BOURG. ¡A ayudar!

M. BON. ¡Uy! ¡Qué tunantón! ¡Y qué gracioso!

BOURG. ¡Paciencia! ¡Ah! No salgan ustedes de su habitación, hasta que yo vaya á buscarlas.

DIANA. ¿Por qué?

M. BON. Porque querrá prevenir á su yerno.

DIANA. ¡Ah! ¡Ya no me acordaba!

M. BON. (¡Viejo más ridículo!)

BOURG. ¡Chist! ¡Diana! ¡Diana!

DIANA. ¿Qué?

BOURG. ¡Uno! ¡Uno tan solo!

DIANA. ¡Já! ¡já! ¡Más tarde, más tarde!

M. BON. (Que había entrado en la primera de la izquierda, se asoma á la puerta y dice.) ¿Vamos, Diana?

BOURG. ¡Ya va, cancerbero! (Se marchan por la primera de la izquierda.) ¡Ay, me parece que he hecho una solemne tontería!

ESCENA X

DICHOS; FEDERICO, VICTORIA y MOZOS, por el foro con baules y maletas.

VICT. ¡Traen el equipaje del señor!

BOURG. Bien; por allí, por allí. (Vanse Victoria y Mozos por la primera de la derecha.) ¡Pero, Dios mío! ¡Qué voy á decir á mi hija y á mi yerno! (Viendo entrar á Federico.) ¡Caballero!

FED. ¡Ah! Perdone usted. ¿El señor Duval?

BOURG. ¿Mi yerno? ¡Ha salido hace poco!

FED. (¿Su yerno? ¿Enrique su yerno?) ¿Y la señora?

BOURG. ¿Mi hija? También ha salido con su esposo. Si quiere usted esperarlos .. Yo, con su licencia, voy á despachar un asuntillo ..

FED. ¡Vaya usted, vaya usted!

BOURG. Beso á usted la mano. (Vase por el foro.)

FED. ¡Su hija! ¡Su yerno! ¡Ah! Vamos, este será el señor Bonivard: el barítono de la América del Sur: se habrá otra vez unido á su costilla... ¡Pobre Enrique! ¡Estará divertido con estos papás!... ¿Y Diana? Dos años sin verla .. Tengo curiosidad de ver qué impresión... (A Victoria que sale.) Perdone usted joven. ¿Qué tal el señorito?

VICT. Algo corto de genio: pero muy buena persona.

FED. ¿Es felíz?

VICT. ¡Mucho!

FED. ¿Y la señora?

VICT. Lo mismo.

FED. ¿Tienen familia?

VICT. Poca. Por aquí no ha venido nadie.

FED. ¡Quiero decir que si tienen hijos!

VICT. ¿Hijos? No señor: todavía no.

FED. (¿Todavía?) ¿Y la vieja?

VICT. ¿Qué vieja?

FED. La mamá de la señorita, ¿sigue bien?

VICT. Supongo que sí. ¡Si ha ido al cielo!...

FED. ¡Ah! ¿Murió?

VICT. ¡Uf! (Vase por el foro.)

FED. ¡Murió! ¡Pobre señora Bonivard! Por fin dió su última pirueta Seguramente que Enrique no la habrá llorado mucho tiempo. Ahora comprendo por qué ha venido el padre á reemplazar á su mujer cerca de su hija. Es un consuelo para Diana. (Sale Bourgaueff por el foro con un Mozo que trae un baul y maleta.)

BOURG. Ponlo aquí. ¿Aún no ha vuelto Enrique? (A Federico.)

FED. No; su señora esposa de usted me honraba mucho con su amistad.

M. BON. ¡Ah!

FED. Lo propio que su señora hija.

BOURG. ¿Sí?

FED. Me profesa gran simpatía.

BOURG. ¿Mi hija?

FED. Y en cuanto á Enrique, su yerno, es mi más íntimo y entrañable amigo: yo espero, pues, que me conceda usted el mismo honor.

BOURG. Con mucho gusto, mi querido señor...

FED. *Champeaus.* Federico *Champeaus.*

BOURG. Mi querido señor Chapeaus, tengo verdadero placer en estrechar su mano. (¡Es simpático este joven!)

ESCENA XI

DICHOS y DIANA

DIANA. ¿No han traído mi baúl?

M. BON. Voy á verlo. (Vase por el foro.)

FED. ¡Diana!

DIANA. ¡Federico! ¿Usted aquí? ¡Qué imprudencia!

FED. ¡Cómo qué imprudencia!

DIANA. Perdone usted, no sé lo que me digo... la emoción... después de dos años; cuando le creia muy lejos de aquí... En fin, lo celebro infinito.

FED. ¿De veras?

DIANA. ¡Oh! Voy á presentarle á usted...

FED. No, gracias: ya me he presentado yo mismo.

BOURG. ¡Por aquí, por aquí! (Al Mozo que trae más equipajes.)

DIANA. Veo con placer que le ha probado á usted el viaje.

FED. Y yo la encuentro á usted más linda que nunca.

DIANA. ¡Adulador!

FED. ¿De modo que usted no creía volver á verme?

DIANA. Al cabo de tanto tiempo, y sin recibir una sola carta...

FED. Quería curarme de mi pasión, y escribiéndola á usted...

DIANA. ¡Ah! ¡Es verdad! ¿Y vuelve usted curado?

FED. Eso creía... Pero desde que he visto á usted...

DIANA. ¡Já! ¡já! ¡Pobre Federico! ¡Siempre llega tarde! ¡Se fué usted tan lejos!...

FED. De modo que si no me hubiera marchado...

DIANA. ¡Chist!

BOURG. (¡Imbécil! ¡Sea usted buen amigo para esto!)

DIANA. ¿Y de dónde viene usted?

FED. Del Brasil, donde he comprado una gran propiedad. Tengo centenares de negros de todos colores.

DIANA. ¿Sí?

FED. Ya le contaré á usted... Por de pronto, me convido á comer hoy con ustedes.

DIANA. ¡Oh! ¡tendré mucho gusto!

FED. ¡Pero antes tengo precisión de ir á Brunoy para resolver un asunto importante! Volveré á las siete.

DIANA. Bien: le esperamos. ¡Si usted supiera qué de cosas han ocurrido desde que usted se marchó!... ¡qué trastornos!

FED. Sí, ya estoy al corriente... Su mamá de usted ..

DIANA. ¡Pobrecilla! Terminó del único modo que podía terminar. No podía soportar aquella existencia. Enrique la exasperaba de contínuo: mamá no cedía de su carácter, hasta que por último...

FED. (¡Reventó! ¡Dios la haya perdonado!) Fué una gran desgracia, es verdad, pero qué se ha de hacer sino respetar los fallos...

DIANA. Y tanto como los respeté. No crea usted que tardé mucho en hallar lenitivo...

FED. Es claro, en compensación de aquella pérdida, ha tenido usted la suerte de encontrar un padre...

DIANA. ¡Já! ¡já! por Dios, que...

FED. ¿Y qué?

DIANA. ¡Uff! (Tomando un saquito de manos de Bourganeff que sale del foro.) Muchas gracias. Ea, váyase usted á despachar su asunto de Brunoy y vuelva pronto: hasta después. (Vase por la primera de la izquierda.)

FED. (¿Qué pasa aquí?) Una hija que quería tanto á su madre... En fin... ¡Señor mío!... (Saluda á Bourganeff y se va por el foro.)

BOURG. Beso á usted su mano. Adiós. ¿Quién será este hombre? Él conocía á mi mujer, conoce á mi hija, conoce á mi yerno, me conoce á mí... y yo... no le he visto en mi vida.

ESCENA XII

DICHO; GABRIELA y ENRIQUE, después VICTORIA

GAB. ¡Papá! ¡papá!

BOURG. ¡María Santísima!

GAB. ¡Gracias á Dios!

ENR. ¡Esos brazos, mi querido suegro!

BOURG. ¡Ya estoy aquí! ¿Seguís tan buenos y tan felices, eh?

GAB. Mucho. ¿Pero qué te pasa?

BOURG. Nada. ¡La emoción! ¡La alegría de volver á veros!...

ENR. ¿Son de usted todos estos bultos?

BOURG. Todos.

ENR. ¿Pues qué diantre tiene usted?

BOURG. Luégo lo verás.

GAB. ¡Y que bien te han probado las aguas! ¡Vuelves rejuvenecido!

ENR. Capáz de despertar una pasión ..

BOURG. ¡Ay! ¡Así ha sucedido!

ENR. ¿Eh?

BOURG. Así sucedió en mis buenos tiempos.

GAB. Y como te iba muy bien, no te acordabas para nada de nosotros...

BOURG. En los viajes no se cuenta nunca con lo imprevisto.

ENR. Lo que no le perdonamos á usted, es que nos haya tenido tanto tiempo sin noticias suyas. ¡Hace más de un mes que le dirigimos una extensa carta á Luchón!

BOURG. ¿A Luchón? Perfectamente, pero yo no estaba ya allí: me encontraba en Niza...

GAB. ¡Ah!

BOURG. No obstante, encargué que me remitieran las cartas á este último punto. ¡Niza! ¡Qué hermosa población! ¡Palmeras! ¡Naranjos! ¡Flores! ¡Quintas de recreo! ¡Oh!

ENR. ¿De suerte, que recibió usted nuestra carta en Niza?

BOURG. ¡No, me encontraba ya en Nápoles! ¡Oh! ¡Nápoles! ¡Qué hermosa ciudad! ¡Qué cielo! ¡Qué mar! ¡Qué Vesubio!... ¡y qué macarrones!

GAB. Y en Nápoles, te entregaron...

BOURG. No; ya estaba en Venecia. ¡Oh! ¡Venecia! ¡Qué canales! ¡Qué góndolas!

ENR. Entonces ha seguido usted el mismo itinerario de nuestro viaje de novios.

GAB. ¿Has visitado también Roma?

BOURG. ¡Ya lo creo! ¡Roma! ¡El Capitolio!

ENR. ¿Y Suiza?

BOURG. Naturalmente.

ENR. Como nosotros. (Entra Victoria.)

GAB. ¿Qué es eso?

VICT. Un gorro para el señor.

BOURG. No, no; ya no me hace falta. Puedes llevártelo. (Vase Victoria.)

ENR. ¿No usa usted ya gorros de algodón?

BOURG. Ni de ninguna clase. ¡Ya me estorba todo en la cabeza!

ENR. De modo que en Suiza recibiría usted por fin...

BOURG. Sí; me dieron tu carta en Berna, cuando llegamos al hotel.

ENR. ¡Ah! ¡llegamos! ¿Luego no iba usted solo?

BOURG. No... sí... te diré...

ENR. ¡Ah! ¡tunante! ¡ya lo sospechaba yo! ¡Já! ¡já!

GAB. Pero papá...

ENR. ¡Já! ¡ja! ¡Calavera!

BOURG. ¡No seáis maliciosos!... He dicho llegamos, porque iba en compañía de otros viajeros...

GAB. Eso es otra cosa. ¿Qué llevas ahí? (A Victoria que sale por el foro con una almohada.)

VICT. Una almohada para la cama del señor.

BOURG. ¿Una sola? Dos y bien mullidas.

VICT. Como el señor mande.

ENR. ¿Dos almohadas?

BOURG. Sí; me gusta dormir ahora con la cabeza muy... Una costumbre que he adquirido en Luchón.

GAB. Ya verás tu cuartito, qué bien lo he arreglado en tu ausencia. Los muebles todos nuevos... excepto la cama, que es la misma.

BOURG. ¿La misma? Pues no sirve: será pequeña.

GAB. ¿Cómo pequeña? Para ti solo...

BOURG. Hija mía. Yo te quiero mucho, mucho; y á tí también, Enrique.

GAB. Y nosotros te correspondemos.

BOURG. Venid, venid aquí, á mi lado. (Se sientan en el sofá.)

ENR. ¡Ay! ¡ay! ¡ay!

GAB. ¡Qué grupo tan encantador, y qué bien estamos los tres solitos! Qué felices somos, ¿verdad, Enrique?

BOURG. ¿Me esperábais con ansiedad?

ENR. ¡Con decir á usted que en medio de nuestra dicha le echábamos á usted de menos!

BOURG. ¡Oh! no sé cómo pagaros...

ENR. Porque en usted no veo un suegro, sino un amigo, un padre, un padre cariñoso. ¡Qué diferencia entre usted y mi maldecida suegra! Cierto que todas son iguales. ¡Oh! Si llego á tener un hijo, le juro á usted que no le dejo casar sino con una huérfana.

BOURG. (¡Jesucristo!) Gabriela, querida Gabriela, ya sabes que tu padre te adora, y á tí también, Enrique.

ENR. ¡Sí; ya lo sabemos!

BOURG. Pues bien: ¿os acordáis que el doctor me había ordenado una larga permanencia en Luchón, para combatir mi padecimiento del hígado?

ENR. Sí; pero no es cosa de cuidado.

BOURG. Por eso precisamente hice el viaje; porque no me importaban nada las aguas. ¡Ah! ¡Los Pirineos! ¡Aquella naturaleza salvaje! ¡Grandiosa! ¡Volcánica!

ENR. ¿Cómo volcánica?

BOURG. ¡Qué vegetación! ¡Qué exuberancia!

ENR. Sí; conocemos, conocemos.

BOURG. Ante aquel espectáculo se siente uno transportado, lleno de vida, de vigor; la imaginación se exalta...

ENR. Y se enamora uno de la primera mujer que encuentra.

BOURG. Eso, eso precisamente.

ENR. ¡Ay, ay, ay!

GAB. ¿Tú enamorado, papá?

BOURG. Hija mía, si tú la conocieras... una maravilla de gracia y de candor...

ENR. ¿De candor?

GAB. ¿Pero tú?... ¿tú?... ¡Já! ¡já! ¡já!

ENR. (¿Qué ha hecho este hombre?)

BOURG. ¡Qué ojos! ¡Qué talle! ¡Qué!...

ENR. Bueno, bueno: usted es libre y viudo... ya lo sé: pero no me parece conveniente delante de Gabriela...

BOURG. Al contrario: no está demás que se entere...

ENR. ¿De los encantos de su arreglito de usted?

BOURG. ¿De mi arreglito? Mira, Enrique, yo te quiero mucho, mucho, pero...

ENR. ¿Qué?

BOURG. Que te suplico tengas mejor concepto de mí, y trates con más consideración...

ENR. ¿A quién? ¡Acabe usted!

BOURG. A mi esposa, ea: ¡porque me he casado! (Se levantan los tres.)

ENR. ¡Maldición!

BOURG. ¡Ya la solté!

GAB. ¿Pero de veras te has casado?

BOURG. Lo que oyes; y como un día ú otro habíais de saberlo, he preferido decíroslo francamente.

ENR. A ver... ¡Míreme usted serio!

BOURG. ¡Já! ¡já! ¡Qué cara!

ENR. ¡Qué bromista es usted! ¿Conque casado? ¡Já! ¡já! ¿Y con quién? ¿Con alguna campesina? No será mala... ¡Calaverón!

BOURG. ¿Cómo?
GAB. ¡Pícaro!
ENR. Pero, por Dios, papá, no gaste usted esa broma: mire usted que sólo el nombre de suegra me...
BOURG. ¡Os digo que no me bromeo; que hablo con toda formalidad!
ENR. ¿Sí?
BOURG. ¡Lo juro, si es preciso!
GAB. ¡Oh!
ENR. ¡Ay, Gabriela! ¡Adiós felicidad! ¡Eso no se hace, señor mío; eso no se hace, por lo menos sin prevenirle á uno! ¡Eso es una traición!
GAB. Dice bien.
BOURG. Pero si estoy seguro que cuando la conozcáis... es una mujer encantadora, que encontré al llegar á Luchón.
ENR. ¡Malditas aguas!
GAB. ¿Y desde cuándo?
BOURG. Desde hace tres días.
GAB. Si parece increible...
ENR. (Qué locura, señor, qué locura!
GAB. ¿Pero cómo te dió la idea?...
BOURG. ¡Qué sé yo! Me encontraba, como os he dicho, joven, transformado .. Creí que no sería sino una cosa pasajera... Deslicé en sus oídos palabras imprudentes... Encontraron eco en su corazón... seguí... seguí... y...
ENR. Me ahorqué. ¡Qué locura, cielo santo! ¡A la edad de usted se cometen muchas tonterías... pero no tan gordas!
BOURG. Bien; ya lo hice, ¡y qué diantre! Después de todo, estaba en mi perfecto derecho.
ENR. No lo estaba usted, puesto que tenia conmigo un compromiso formal: yo me he casado con la hija de un viudo, ¿me entiende usted? De un viudo, porque abomino de las suegras.
BOURG. Si repito que cuando la conozcas...
ENR. ¡No necesito conocerla! Gabriela y yo, nos iremos á vivir á otra parte.

BOURG. ¡Separarme de mi hija!

ENR. ¡Al punto!

GAB. ¡Enrique! (Suplicando.)

BOURG. No serás tan cruel. Yo te quiero mucho.

ENR. ¡Sin avisarnos siquiera!

BOURG. ¡No me atreví, lo confieso! ¡Pero mi delito no es tan grande!

GAB. Vamos, Enrique, sé indulgente. ¡Quién sabe si esa señora!...

ENR. ¡Desgraciada! ¡Todas son iguales!

BOURG. Te digo que ésta es un ángel; que respondo de vuestra tranquilidad.

GAB. ¿Lo ves? Responde...

ENR. ¡Una suegra!

GAB. ¡Viviremos en familia! ¡Nos llevaremos bien!...

ENR. ¡Inocente!

BOURG. ¡Una idea! ¡Una transacción! ¡Probemos unos días!

GAB. ¡Hazlo por mí!

ENR. Convenido.

GAB. Gracias.

ENR. (Mi único consuelo es que nunca será tan mala como la otra... porque como aquella...)

BOURG. ¿Conque consientes?

ENR. Consiento; pero sin comprometerme á nada.

BOURG. Antes de tres días seréis los mejores amigos del mundo.

ENR. ¿Y dónde está esa señora?

BOURG. En aquel gabinete. Está terminando su *toilette*. ¿Quieres que la llame?

ENR. No, no la moleste usted. Tenemos tiempo. (Entra Victoria.)

VICT. Traen un cajón para el señor.

BOURG. Voy en seguida. (Vase Victoria.) Un cajón lleno de chucherías para vosotros, ¡luégo diréis que no me he acordado! ¿Vienes á ayudarme á desembalarlas?

GAB. Anda, sí.

ENR. Voy, voy. El que me hubiera dicho hace una hora

que de repente me iba á encontrar con una suegra... En fin... ¡Dios haga que sea soportable.

BOURG. Una maravilla, hombre, una maravilla; ya la verás.

ENR. Pero no olvide usted que no me comprometo á nada. (Vanse por el foro.)

GAB. ¡Pobre Enrique! ¡La verdad es que su rencor está justificado! ¡Nos hallábamos tan bien solitos!

ESCENA XIII

GABRIELA; M. BONIVARD, por la primera de la izquierda.

M. BON. ¡Señor Bourganeff! (Al ver á Gabriela.) ¡Oh! ¡Mil perdones!

GAB. ¡Señora!... (¿Quién será?)

M. BON. Busco al señor Bourganeff. ¡Tal vez estoy hablando con su hija!...

GAB. En efecto. (¡Dios mio! ¿Será esta señora la decantada maravilla de gracia y de candor?)

M. BON. Tengo un verdadero placer en conocerla.

GAB. ¡Mil gracias! (¡Pero esto no es posible!)

M. BON. Toda vez que de hoy en adelante hemos de hacer vida común, yo espero que viviremos en completa paz, y que hemos de ser buenas amigas.

GAB. ¡Oh! Ciertamente, señora; así lo espero yo también, y por mi parte...

M. BON. He comprado en Berna un paquete de horquillas y no lo encuentro.

GAB. ¡Ah! ¿Viene usted de Berna?

M. BON. Hace un momento que he llegado.

GAB. ¿Con papá?

M. BON. Sin duda.

GAB. (¡Vírgen Santa! ¡Qué va á decir Enrique!)

M. BON. Su papá de usted habrá guardado equivocadamente mis horquillas en su maleta.

GAB. Yo le daré á usted otras.

M. BON. Si es usted tan amable...

GAB. ¡Pobre papá, y pobres de nosotros! ¡Qué bien dicen, que el amor es ciego! ¡La maravilla, la maravilla de gracia y de candor!... Hasta ahora. (Vase por la segunda de la derecha.)

M. BON. Es muy simpática esta joven. Algo tímida y ñoñita parece... Y la casa no me disgusta... es muy grande y...

ESCENA XIV

DICHOS y ENRIQUE; luégo GABRIELA

Enrique entra por el foro cargado de envoltorios, y al reconocer á la señora Bonivard, da un grito de estupor y deja caerlo todo. Bonivard; también se admira mucho. Pausa larga.

ENR. ¡Ah! ¿Estoy soñando? ¿Es verdad? ¿Usted? ¿Usted?

M BON. ¡Enrique!

ENR. ¡La arpía! ¡Aquí la arpía! ¡Pronto! ¿Qué quiere usted? ¿Qué pretende? ¿A qué ha venido aquí?

M. BON. Yo...

ENR. ¡Basta! Ya lo sé... mi notario me ha puesto al corriente. ¡Tiene usted la osadía de exigirme cien mil francos!

M. BON. Pero...

ENR. ¡Hay mayor avilantéz ni mayor descaro!

M. BON. ¿Descaro? ¿Por ventura no reconoció usted esa cantidad á mi hija?

ENR. ¿Y pude sospechar siquiera que llegáramos á divorciarnos?

M. BON. Ahorrémonos palabras: nos debe usted esa cantidad, ¿sí ó no?

ENR. Legalmente, sí: moralmente, no.

M. BON. Yo no entiendo de moralidades.

ENR. ¡Ah!

GAB. ¡Aquí tiene usted las horquillas!

M. BON. Gracias; le agradezco á usted infinito...

ENR. (¿Se conocen?)

GAB. (A Enrique.) ¿Qué te parece la mujer de papá?
ENR. No sé: no la he visto aún. ¿Dónde está?
GAB. Ahí: es esa señora.
ENR. ¿Qué? (Aterrado.) ¿Esa la esposa de tu padre?
GAB. ¡La misma!
ENR. ¡Imposible! ¡Te engañas!
GAB. ¡Si acaba de decírmelo! (Vase por la segunda de la izquierda.)

ESCENA XV

ENRIQUE y M. BONIVARD; después COURBULÓN, por el foro.

ENR. ¡Ah! ¡Ella!... ¡Ella otra vez!... ¿Todavía? ¡Siempre! ¡siempre!
M. BON. ¿Pero qué le pasa?
COURB. He pescado unas anguilas...
M. BON. ¡El Capitán!
COURB. ¿La exbailarina, la exbailarina aquí? ¡Ah! Comprendo: vendrá á darle un escándalo ó á cobrar la suma... ¡Muchacho! ¡Enrique! ¿Qué tienes? ¿Qué ha ocurrido! ¡Nada, nada, Dios mío! ¡Se ha vuelto loco! (Enrique se pasea furioso.) ¡Habla!
M. BON. ¡Ay, este hombre me da miedo! (Va á salir y Enrique la acomete.)
ENR. ¡Infame! ¡Traidora!
M BON. (Huyendo.) ¡Socorro! ¡Socorro! ¡Asesino!
COURB. (Sujetándole.) ¡Calma, hombre, calma!
ENR. ¡Responda usted, responda usted en seguida!
M. BON. ¿Qué?
ENR. ¿Es usted la esposa?...
M. BON. ¿De quién?
ENR. ¡De mi suegro!
COURB ¿Cómo? ¿Qué, se ha casado?
ENR. ¡Le ha engañado vilmente!
COURB. ¿Y es tu resuegra?
ENR. Sí señor, sí. ¡Yo hago una barbaridad! ¡Yo la mato!

M. BON. ¡Pero si yo no me he casado con nadie! Es decir, sí, me casé... pero aún vive mi primer marido.

ENR. ¿De veras?

M. BON. Por desgracia.

ENR. (¡Ah! ¡Respiro! ¡No es ella! ¡Qué espantoso porvenir vislumbraban mis ojos! ¡Juzgue usted de mi terror! ¡He creído que se había casado con mi suegro!

M. BON. ¿Con su suegro? Luego Diana... mi hija .. ¡ah! (*Se desmaya. Courbulón la hace aire con los faldones de la levita.*)

ENR. Pero entonces, ¿quién es aquí la desposada? ¿Dónde está?

ESCENA ULTIMA

DICHOS y DIANA; *después* GABRIELA y BOURGANEFF

DIANA. (*Por la primera de la izquierda.*) ¡Enrique!

ENR. y COURB. ¡Diana! (*Asombro grande.*)

DIANA. ¡Enrique aquí! (*Aparte.*)

ENR. ¡Oh, qué sospecha me asalta! ¡Imposible! ¡Imposible!

DIANA. ¡Mamá! ¡Mamá! ¿Qué es esto?

COURB. ¡Cálmate, ¡cálmate!

DIANA. ¿Qué ha pasado aquí?

ENR. Pasa... pasa...

DIANA. ¡Ay! ¡Que sujeten á ese hombre!

M. BON. Hija mía, si supieras...

COURB. Enrique...

ENR. ¿Es usted la que se ha casado con el señor Bourganeff?

DIANA. ¡Sí, yo misma! ¿Quién se lo ha dicho á usted?

ENR. ¡Ella! ¡Ella!

M. BON. ¡Qué fatalidad, Dios mío!

COURB. ¡Qué coincidencia!

DIANA. Pero ¿por qué tiembla usted así?

M. BON. ¡Bourganeff, tu nuevo esposo, es tu suegro!

DIANA. ¿Cómo? ¿Enrique?...

M. BON. Es su yerno. ¡El yerno de mi yerno!

DIANA. ¡Ah! ¡Já, já! ¿Luego yo soy su suegra? ¡Já, já!

ENR. ¡Luego tiene usted valor de reirse?

DIANA. ¡Yo su suegra!

M. BON. La Providencia, caballero. ¡Tú nos vengarás, hija mía!

ENR. ¿Es decir que me divorcio de Diana por huir de usted y me la encuentro otra vez en mi camino? ¿Huyo de una suegra y me encuentro con dos? ¡Y qué dos!

M. BON. La Providencia, caballero, la Providencia!

ENR. ¡El demonio! ¡Y un rayo que nos divida á todos!

DIANA. ¡Jesús!

COURB. (Vamos, hombre, vamos!

ENR. No; ¡esto es superior á mis fuerzas, querido tío! ¡pero yo no sufro!...

COURB. (¡Silencio! que puede enterarse Gabriela, su mujer.)

ENR. (¡Sí; es verdad. Es preciso qne ignore siempre y... lo mismo mi suegro!) ¿Lo oyen ustedes? Es necesario que mi suegro no sepa nunca que se ha casado con mi mujer.

M. BON. Por nuestra parte...

DIANA. Lo prometo.

GAB. (Entrando.) Cuando ustedes gusten podemos sentarnos á la mesa. ¡Señora!... ¿Quién es? ¡Preséntamela!

ENR. (Presentando.) Mi... mujer... Mi otra... ¡Mi suegra!

DIANA. ¡Já, já!

ENR. ¡Pronto! ¡Salgamos de aquí!

GAB. ¿Eh?

ENR. ¡Es preciso! Ya te explicaré...

GAB. ¿Pero dónde vamos?

ENR. ¡Lejos!... ¡Lejos!... ¡Muy lejos!...

GAB. ¡Dios mío! ¿Que le pasa?

ENR. ¡Adiós, querido tío!

BOURG. (Entra por el foro con muchos tarros.) Aquí está todo: galletas de Turín: mortadella de Bolonia...

ENR. Vaya usted á la... (Al marcharse con Courbulón, da un papirotazo á Bourganeff y le tira los tarros. Éste queda muy asombrado. Telón.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del segundo.

ESCENA PRIMERA

ENRIQUE y COURBULÓN; después VICTORIA

VICT. (Que entra por el foro con varios paquetes.)

ENR. Dame eso.

VICT. Si el señor quiere que le ayude...

ENR. No; es inútil; ve á ver á la señorita, y ruégale que despache pronto.

VICT. Voy corriendo. (Vase por la segunda de la izquierda.)

COURB. ¿Dónde está Gabriela?

ENR. En su alcoba llorando y preparándose para seguirme.

COURB. ¡Pobrecilla! ¿La has dicho que Diana fué tu primera mujer?

ENR. ¿Yo? ¡Jamás! Quiero que su padre y ella lo ignoren siempre.

COURB. ¿Cómo justificas entonces tú?...

ENR. ¿Le parece á usted menuda justificación no querer aguantar dos suegras en mi casa, ó mejor dicho, no estar dispuesto á vivir entre dos arpías?

COURB. Sí, sí; es verdad.

ENR. Vamos, cuando pienso en mi desgracia... Una sola mujer había en el mundo de la que quería huir á todo trance... y esa... esa precisamente es la que mi suegro elige por esposa. ¡Esto es horrible, tío, horrible!

COURB. ¿Y qué ha conseguido?

ENR. ¿Quién?

COURB. Tu suegro. ¿Sabes lo que acaba de decirme Gisela?

ENR. ¿Gisela?

COURB. La señora Bonivard.

ENR. ¡Ah! ¡sí!

COURB. Que el pobre Bourganeff, aunque casado hace tres dias...

ENR. ¿Qué?

COURB. Es un marido honorario. Desde que tuvo lugar la ceremonia, la mamá Bonivard se ha constituído en Argos de tu suegro.

ENR. ¡Oh, la reconozco! Ya está una. (Por una maleta que ha estado arreglando.)

COURB. ¿De modo que es cosa decidida? ¿Te vas?

ENR. Al instante.

COURB. Pues, sobrino, perdona mi franqueza, pero creo que haces una barbaridad.

ENR. ¡Cómo!

COURB. Yo en tu lugar, me quedaría. El huir siempre es cobarde. Aceptaría la batalla con la señora Bonivard, y no le daría el gustazo de que se enseñorease de mi casa.

ENR. ¿Pero ha pensado usted bien en mi situación? ¿Usted cree posible que yo pueda vivir un solo minuto entre Diana y Gabriela?

COURB. Ya lo creo que es posible. ¿Amas todavía á Diana?

ENR. ¡Oh!

COURB. ¿Pues entonces?...

ENR. Pues entonces... al fin y al cabo Diana ha sido mi mujer... y hay cosas... que no se olvidan.

COURB. ¿Qué cosas?

ENR. ¡Caramba, tío! Yo no tengo horchata en vez de sangre... y eso de que en mis barbas otro hombre, aunque sea mi suegro... Vamos, no me obligue usted á ser más explícito. Se necesitaba venir de Africa para no comprender...

ESCENA II

DICHOS y M. BONIVARD

M. BON. (Saliendo de la primera de la izquierda.) Pues no es del todo mala esta propiedad. Creo que me acostumbraré sin gran trabajo á vivir en ella.

ENR. ¿Eh?

COURB. El jardín es grande y bien cuidado.

M. BON. Sí; pero muy umbroso. En la parte baja hay un paseo de tilos que voy á mandar arrancar de raíz... y el pabellón también me estorba.

ENR. ¿También? Pues que lo tiren ó lo quemen.

M. BON. A tí poco puede importarte... puesto que hoy mismo nos abandonas.

ENR. Sí; les abandono á ustedes á su destino... Lo único que la encargo es que cese de perseguirme.

M. BON. ¿Perseguirte? ¿Estás loco?

ENR. ¿Puede que haya ido yo á buscarlas á ustedes?

M. BON. La sorpresa ha sido tan desagradable para tí, como para nosotras.

ENR. ¿Y por qué no dijeron al señor Bourganeff que yo estuve casado con Diana?

M. BON. ¿Sabíamos por ventura que tu eras su yerno?

ENR. ¿No se citó mi nombre en la Alcaldía al firmar los contratos?

M. BON. Sin duda.

ENR. ¿Y no le chocó á mi suegro? ¿No dijo nada?

M. BON. Nada absolutamente.

ENR. ¡Parece increible! ¡Duval! ¡Enrique Duval!

M. BON. ¿Eres el único francés que lleva ese apellido?

COURB. Cierto.

M. BON. No hay nada más común. Además, que desde un principio yo tuve buen cuidado de matarte.

ENR. ¡Ya!

M. BON. Hice creer al señor Bourganeff que habías muerto á consecuencia del divorcio con mi hija... y que por lo tanto, se casaba, no con una divorciada, sino con una viuda.

ENR. ¡Infame! Y todo por casar á su hija con un hombre de cincuenta y dos años.

M. BON. Sí, convengo en que la pobre Diana no ha tenido gran suerte en sus matrimonios.

ENR. ¡Señora!

M. BON. ¡Primero tú! Después ese anciano...

ENR. ¡Señora!

M. BON. Pero en fin... ¡Ah! Si Federico hubiese vuelto tres meses antes...

ENR. ¿Eh? ¿Ya ha llegado Federico?

M. BON. Hoy.

ENR. ¿Le ha visto usted?

M. BON. Yo, no. Diana.

ENR. ¿Y á quién ha hablado?

M. BON. A ella... á Bourganeff...

ENR. ¿Y á nadie más? ¿Y qué les ha dicho?

M. BON. No sé.

ENR. ¡Ah! ¡Qué idea me ocurre!

COURB. ¿Qué?

ENR. Sí; es lo mejor. Eso lo arreglaría todo. Ya no me voy. Me quedo.

COURB. ¡Bravo!

ENR. (Es preciso á todo trance romper el matrimonio de mi suegro. ¡Sí! Federico se casará con Diana y me librará de ella y de la madre, llevándoselas al fin del mundo.)

COURB. Creo que Federico viene á comer con nosotros. Dijo que iba á Brunoy y que volvería á las tres.

M. BON. Ese y no otro ha debido ser el esposo de Diana.

Courb. Él la amaba antes.

Enr. Y continuará amándola.

M Bon. Es lo probable.

Enr. Si usted, señora, no hubiera tenido tanta prisa... Si no hubiera obligado á Diana á admitir las galanterías de mi suegro...

M. Bon. ¡Qué quieres! El tiempo pasaba...

Enr. Hoy su hija tendría ochenta mil francos de renta; porque Federico...

M. Bon. Es poderoso, ya lo sé; no te molestes en recordármelo.

Enr. Ahora que es punto menos que imposible. Para que mi amigo se case con Diana...

Courb. Sí; es menester que el matrimonio con Bourganeff quede anulado.

Enr. Y eso lo veo tan difícil...

M. Bon. ¡Quién sabe!

Enr. ¿Ha encontrado usted algún medio?...

M. Bon. ¡Quizá!

Enr. (Esto marcha. A ver si la pico el amor propio.) (Alto.) No podrá usted.

M. Bon. Si me lo propongo... ¿No te separé á tí de Diana?

Courb. Dice bien.

Enr. No es el mismo caso; porque yo deseaba divorciarme, y Bourganeff piensa todo lo contrario.

M Bon. Si me lo propongo...

Enr. No conseguirá usted nada, lo repito. Mi suegro es hombre de carácter.

M. Bon. ¿Más que yo?

Enr. Y la mete á usted en un puño cuando se le antoje.

M. Bon. ¡A mí, á mí!

Enr. ¡A usted!

Courb. (¡Ah, comprendo! Sigue, sigue. Eres un gran diplomático.)

Enr. No, y no se oculta para decirlo. Hace poco me aseguraba que si usted no modera su genio...

Courb. Sí, es verdad. Procure usted no extralimitarse, porque es muy capáz...

M. BON. ¿De qué, de qué?
COURB. ¡Qué sé yo!
M. BON. ¡Infelíz! Que no se haga el valiente conmigo, porque me lo trago á la primera embestida.
ENR. Eso. (Ya está el horno bien preparado.)

ESCENA III

DICHOS; BOURGANEFF, por el foro.

BOURG. Vamos, mi querido yerno, no seas así: no te vayas. Gabriela está inconsolable pensando en la partida...
ENR. Hago un gran sacrificio; pero, en fin, por complacer á ustedes... sea; me quedo.
BOURG. ¡Oh, magnánimo corazón! ¡Nuestra gratitud será eterna!
COURB. Corro á avisárselo á mi sobrina.
BOURG. ¡Cuánto se va á alegrar! ¡Qué felices vamos á ser todos reunidos aquí, viviendo en familia!
ENR. (¡Desdichado!)
COURB. Mira, Enrique, ya sabes que no me gusta estorbar; si tenéis necesidad de mi cuarto, pasaré las noches en París.
ENR. ¡Tío, por Dios!
COURB. Nada, nada; el onceno...
ENR. Nos arreglaremos perfectamente. (Vase Courbulón por el foro.)
BOURG. Ya lo creo: nada más fácil.
ENR. La señora... la señora...
M. BON. Bonivard... Bonivard...
ENR. ¡Gracias: no recordaba su nombre!
M. BON. (¡Qué cinismo!)
ENR. La señora Bonivard, ocupará el gabinete rojo.
M. BON. Muy bien.
ENR. Diana, en el gabinete azul.
BOURG. No, perdona; ya está instalada en mi cuarto.
ENR. Y en cuanto á usted...

BOURG. ¡Oh! yo...
ENR. Se le pondrá á usted una cama...
M. BON. En el pabellón, al extremo del jardín.
BOURG. ¿Cómo?
M. BON. Diana necesita reponerse del viaje.
BOURG. Permítame usted... permítame usted...
M. BON. Es inútil: ya lo he decidido.
BOURG. De manera que va á continuar... ¡No, imposible! Y suplico á usted, señora, que no se mezcle en ciertas interioridades...
ENR. (Esto marcha.)
M. BON. Mi deber, caballero, es velar por la salud de mi hija y aconsejarla lo que estime oportuno.
BOURG. Bien. No seguirá por mucho tiempo las inspiraciones de usted.
M. BON. ¿Por qué razón?
BOURG. Porque supongo que nos abandonará usted en seguida.
M. BON. Pues supone usted muy mal.
ENR. (¡Prendió la mecha!)
M. BON. Yo no abandono á mi hija. Si yo parto, Diana seguirá á su madre.
BOURG. Eso, lo veremos. ¿No es mi mujer?
M. BON. Que lo sea. Y si se me pone aquí...
BOURG. ¡Señora!
M. BON. Lo dicho. A mí no me intimidan los hombres, y menos un yerno, ¿lo entiende usted? No faltaba más. (Vase.)

ESCENA VI

BOURGANEFF y ENRIQUE

BOURG. Pues yo no me dejo dominar por nadie, y menos por una suegra. ¡Vaya!
ENR. ¡Muy bien, papá, muy bien!
BOURG. ¡Te parece!
ENR. ¡Nada de debilidades! ¡Carácter, mucho carácter!

BOURG. ¡Lo tendré! ¿Crees que voy á tolerar que esta mujer?...

ENR. Lo que creo es que le proporcionará a usted serios disgustos... Al fin y al cabo, su educación... ¿qué puede esperarse de una bailarina?

BOURG. ¿Eh?

ENR. ¿Usted lo ignoraba?

BOURG. Sin duda.

ENR. Mi tío la conoció hace veinte años en el gran teatro de Marsella.

BOURG. ¿Y pertenecía al cuerpo de baile?

ENR. ¡Vaya!

BOURG. ¡María Santísima! ¿Pero estás seguro?

ENR. Tan seguro, que mi tío dará á usted cuantos detalles quiera sobre el particular.

BOURG. ¡Oh!

ENR. ¿Comprende usted ahora, por qué quería yo marcharme? No me hace maldita la gracia ver á mi mujer al lado de una exbailarina de esta índole.

BOURG. ¡Ay, querido Enrique, esto es demasiado! ¡Esto es superior al cariño que profeso á Diana!

ENR. Si usted siguiera mi consejo y no se enfadara por lo que le voy á decir...

BOURG. ¿Qué?

ENR. ¡Deje usted á esa mujer que se lleve á su hija, y vayan benditas de Dios!

BOURG. ¡Imposible!

ENR. De ese modo recobraríamos nuestra buena armonía y nuestra pasada tranquilidad.

BOURG. ¿Te olvidas que estoy casado con Diana, que es encantadora, y que la quiero como á fruto prohibido?

ENR. Sí, yo me hago cargo de todo; ¿pero usted sabe la vida, el infierno que le aguarda entre una suegra rabiosa y una mujer que no puede amar á usted?

BOURG. ¿Que no puede amarme? ¿Por qué motivo?

ENR. Porque... en fin... usted no es joven... ni guapo ..

BOURG. Permíteme... permíteme...

ENR. Y Diana no dejará de establecer comparaciones muy poco ventajosas para usted.

BOURG. ¿Comparaciones? ¿Qué comparaciones?

ENR. Su primer marido era un hombre lleno de vida.

BOURG. ¿Qué sabes tú?

ENR. Lo supongo.

BOURG. Pues supones muy mal.

ENR. ¿Sí?

BOURG. Era un imbécil.

ENR. ¿Eh?¡

BOURG. Cobarde, holgazán, gruñón y sumamente antipático.

ENR. Perdone usted.

BOURG. Muerto prematuramente por efecto de su vida crapulosa y desarreglada.

ENR. ¿Es su mujer de usted quien le ha dado esos informes sobre el difunto?

BOURG. No señor: ha sido su madre, la señora Bonivard.

ENR. (¡Ah! ¡debí sospecharlo!)

BOURG. De consiguiente, no tengo que temer, según dices, comparaciones de ninguna clase, ni tengo que luchar con recuerdos cariñosos. Además, que si cometiera la estupidéz de separarme de Diana, perdería la respetable cantidad de cien mil francos.

ENR. (¿Eh? ¿cien mil francos?)

BOURG. Que reconoci á mi mujer en el contrato matrimonial.

ENR. ¿Usted también?

BOURG. ¿Cómo yo también?

ENR. Yo me entiendo. ¡Oh! ¡Esto ya es el colmo! ¿Cien mil francos?

BOURG. Me los exigió la señora Bonivard.

ENR. ¡Sí; es su cifra! ¡Doscientos mil francos!

BOURG. ¡No doscientos! ¡Cien mil, cien mil francos!

ENR. ¡Timadora! (A Gabriela que trae una taza de té.) ¿Qué es eso? ¿Qué traes?

ESCENA V

DICHOS y GABRIELA

GAB. Una taza de té para nuestra mamá.

ENR. No la llames mamá; te lo prohibo: no la llames así.

GAB. ¿Por qué?

ENR. Porque al oirlo...

GAB. Pues bien; la señora Bonivard ha pedido una taza de té y voy á llevársela.

ENR. ¿Tú? ¿Servirle tú de doncella? Que se la lleve Victoria.

GAB. Está ocupada.

ENR. Pues que no se la lleve nadie.

BOURG. ¡Ah! (¡Excelente pretexto para entrar en el cuarto de Diana!) Trae: yo me encargo...

ENR. ¿Usted? ¡Un demonio! Yo mismo.

BOURG. No lo consiento. Yo soy el obligado.

ENR. ¡Que no! (Porfían por coger la taza de manos de Gabriela.)

BOURG. ¡Que sí!

GAB. Que vais á verterlo. Toma, papá. Es tu deber. (Le da la taza.)

BOURG. ¿Lo entiendes? ¡Mi deber! ¡Es mi deber! ¡y mi derecho! (Se va por la primera de la derecha con la taza.)

ENR. ¡Todo se ha perdido!

ESCENA VI

DICHOS y M. BONIVARD

GAB. Pero, ¿por qué te opones á que papá entre en el cuarto de su mujer?

ENR. ¿Por qué? ¡Si supieras!...

M. BON. (Saliendo por la primera de la izquierda.) Perdone usted, señora ..

ENR. (¡Ah! ¡Nos hemos salvado!) ¡Señora!...

M. Bon. ¿Qué ocurre?
Enr. ¡Pronto! Entre usted en esa habitación.
Gab. ¿Eh?
M. Bon. ¿En el cuarto de mi hija?
Enr. ¡Sí; al instante!
M. Bon. ¿Se ha puesto mala?
Enr. ¡Su yerno de usted acaba de entrar!
M. Bon. ¡Cielos! ¡No, no: imposible! (Vase corriendo por la primera de la derecha.)
Gab. Pero, ¿qué significa todo esto?
Enr. Nada: ya lo sabrás: son asuntos íntimos.

ESCENA VII

DICHOS y BOURGANEFF; después FEDERICO y VICTORIA

Bourg. (Muy furioso.) ¡Esto es insufrible! ¡No aguanto más! ¿lo oyes? ¡No lo aguanto! Si esta misma noche no se marcha tu madre, nos iremos nosotros. ¡O ella, ó yo! elige. ¡Habrá importuna!
Gab. ¡Vamos, papá!
Enr. ¡Usted lo ha querido!
Bourg. ¡Oh! ¡Si las cosas se hicieran dos veces!
Vict. (Anunciando.) ¡El señorito Federico!
Enr. ¡Gracias á Dios! ¡Por fin! ¿Qué tal? ¿Cómo te ha ido? (A Federico.)
Fed. Perfectamente; caballero.
Bourg. ¡Servidor! (Con tono arisco.)
Fed. ¿Eh? No peca de amable el señor Bonivard.
Bourg. Déjame, hija mía, todo es inútil. (A Gabriela.)
Gab. Pero, papá. Ya comprendes...
Fed. (¿Papá?... ¿Su hija?...) (Admirado.)
Enr. Tiene usted razón, mi querido suegro. Tiene usted razón.
Fed. (¿Su suegro?...)
Bourg. ¡Estoy decidido: ella, ó nosotros; nosotros, ó ella! (Vase disputando con Gabriela por el foro.)

FED. (¡Ah! ¡Vamos! Es hija del señor Bonivard; no sabía yo que Diana tuviese una hermana; y es bonita, sí, muy bonita.

ESCENA VIII

FEDERICO y ENRIQUE

ENR. (Ahora lo principal es decidir á Federico.) ¿Llegas de Brunoy?

FED. Ciertamente.

ENR. Vienes como llovido del cielo... ¡Tú no puedes imaginarte!... Hay momentos en que me creo presa de una horrible pesadilla y me parece vivir entre locos.

FED. ¿Entre locos?

ENR. ¡Sí; porque esta casa es una jaula de locos y de fieras!

FED. ¡Já! ¡já! ¡Pobre Enrique!

ENR. ¡No te rías! ¡Acabas de ver á mi suegro!

FED. Sí. ¡Y está furioso!

ENR. ¡Frenético!

FED. ¡Apenas ha contestado á mi saludo!

ENR. ¡Dispensa que no haya hecho tu presentación!

FED. Le conocía ya. Le ví antes con Diana.

ENR. ¿Ah, sí? ¿Has visto también á Diana? Perfectamente. ¿Y os hablásteis?

FED. ¡Ya lo creo! Me dijeron que tú habías salido...

ENR. ¿Entonces, ya estarás al corriente?...

FED. Diana me lo ha contado todo en dos palabras. ¡Pobre señora Bonivard! Por supuesto que tú no la habrás llorado mucho tiempo, ¿no es así?

ENR. ¡Ay, amigo mio! ¡Me consideraba tan felíz viéndome libre de ella! ¡Era tan dichoso!... ¡Y de repente!... ¡Paf! ¡Por arte del demonio, todo ha vuelto á su primitivo sér!

FED. ¡Ya! ¿No has ganado en el cambio? ¿Tu suegro también es de caballería?

ENR. ¿Mi suegro? Una buena persona. Congeniábamos per-

fectamente, y si no hubiese tenido la fatal idea de casarse... ¡A su edad! ¿Comprendes aberración semejante?

FED. El hombre ha querido ver si su segunda esposa le hacía más felíz que la primera. Y Diana, ¿qué dice de ese matrimonio?

ENR. ¿Diana?...

FED. No debe estar muy satisfecha...

ENR. Claro que no. Es muy desgraciada. Bien que aquí, entre nosotros... el pobre marido... (Riendo.)

FED. ¿Qué?

ENR. Es un marido honorario. ¿No le compadeces?

FED. Perdona, pero no comprendo bien...

ENR. Escucha: voy á poner á prueba tu amistad. Es necesario que me prestes un gran servicio.

FED. ¿Cuál? ¿Habla?

ENR. ¿Quieres salvarme la vida?

FED. ¿Yo? ¡Cómo!

ENR. ¿Tú te marchaste hace dos años, porque amabas á Diana?

FED. Sí; te lo confieso con toda franqueza, y tú no me permitiste...

ENR. ¿Yo? ¿Que yo?... No; al contrario.

FED. ¿Eh?

ENR. A tu regreso habrás tenido ocasión de ver que continúa tan hermosa como antes. ¡Más! ¡Más todavía! ¡Un tipo ideal! ¡Un encanto!

FED. ¡A los cuatro años de matrimonio! ¡Esto es lo que se llama un buen marido!

ENR. Bueno; pues háblame con sinceridad. ¿Continúas amando á Diana? (Se sientan en el sofá.)

FED. ¡Hombre!...

ENR. ¡La amas! ¡La amas todavía, no me digas que no! ¡No me lo niegues! ¡Eso sería indigno de un hombre de honor! ¡Tú no puedes haberla olvidado en tan poco tiempo!

FED. (Admirado.) Y aunque así sea, no acierto á explicarme...

ENR. Espera. Tú amas á Diana, y ella te corresponde...

FED. ¿Eh?

ENR. ¡Me consta! Pues bien; hazla la corte; pero una corte... tenáz, una especie de cerco, de asedio constante, ¿comprendes?

FED. ¡Sí, sí!

ENR. Consigues de ella una cita, se os sorprende, se divorcia y os casáis.

FED. ¡Ah! ¡Vamos!

ENR. Os casáis: nada más sencillo.

FED. Sí, muy sencillo; pero entendámonos. ¿Tú lo que deseas es desembarazarte de Diana?

ENR. ¡A toda costa!

FED. ¿Y por qué?

ENR. Pues hombre, porque no me agrada que sea la mujer de mi suegro.

FED. ¿De tu suegro? (Muy admirado.)

ENR. Es claro. ¿No te parece motivo bastante?

FED. ¡Sí, sí! (Aparte.) ¡Ay, Dios mío, está loco!

ENR. ¡Vamos, hazlo por mí!

FED. Pero...

ENR. ¡Si lo que me pasa es para perder el juicio! ¿Podías tú, ni nadie, sospechar tal coincidencia? ¡Mi mujer que ha llegado á convertirse en mi suegra! ¡Qué golpe! ¡Federico, qué golpe!

FED. (¡Infelíz!)

ENR. ¡Hazte cargo cómo estará mi cabeza!

FED. ¡Sí; es verdad, es verdad! (¡La música le ha trastornado!)

ENR. ¡He creído que me volvía loco!

FED. ¿Lo has creído? (¡Pobre Enrique!)

ENR. Estamos, pues, conformes, ¿eh? ¿Me salvarás? ¿Lo harás por mí?

FED. Sí, mi pobre amigo: todo lo que tú quieras; no me atrevo á negarte nada.

ENR. Gracias, gracias. Y con respecto á la señora Bonivard...

FED. Dejémosla que descanse.

ENR. Si no te conviene sufrirla, mándala á paseo.

FED. Bueno, sí; la mandaré; ¡no faltaba más! (¡Ni muerta la perdona!) ¡Ah! ¡Díme!...

ENR. ¿Qué?

FED. Díme, y no te incomodes. ¿Quién es tu médico?

ENR. ¿Mi médico? Nadie. ¡No le tengo!

FED. (No se ha puesto en cura; ¡pobre amigo mío!) ¡Pobre Enrique! ¡No pensaba encontrarte en semejante estado!

ENR. ¡Ni yo supuse nunca que podía verme así!

ESCENA IX

DICHOS y COURBULÓN; después VICTORIA

COURB. (Por el foro.) ¡Oh, Federico!

FED. ¡Capitán! (Se abrazan.)

COURB. ¿Cómo va, intrépido viajante?

FED. ¡Divinamente!

ENR. ¡Querido tío! Creo que todo va á arreglarse como deseamos.

COURB. ¿Sí?

ENR. ¡Federico consiente!

COURB. ¿En qué?

FED. En todo, capitán, en todo.

ENR. Continúa amando á Diana. Va á declararse á ella, y á robarla, si es preciso.

FED. Eso es; se nos buscará, se nos sorprenderá, ella entablará el divorcio, y nos casaremos en seguida.

COURB. ¡Bravo! ¡Perfectamente! ¡Pero, mucho ojo, conque les sorprendan á ustedes juntos, porque entonces, adiós matrimonio!

ENR. ¡Qué importa! ¡La roba y se la lleva á América!

FED. ¡Justo! ¡La robo y me la llevo á América! ¡Allí tengo posesiones!

ENR. ¡Crea usted que ha sido una gran suerte que Federico haya vuelto tan á tiempo de su excursión!

COURB. ¡Qué gran servicio nos presta usted á todos!

FED. Sí. (Al Capitán, aparte.) ¡Desdichado! ¡No le contrariemos!

COURB. ¡Bien merece compasión! ¡Encontrarse de buenas á primeras con que es el yerno de su suegro!

FED. ¡Sí, sí; ya me lo ha dicho! (¡Qué bien le lleva el Capitán la corriente!)

COURB. Y respecto á la señora Bonivard...

FED. ¡Ya está convenido; la enviaré á paseo!

VICT. (Por el foro.) Señor; ¿qué vinos he de subir para el almuerzo?

ENR. Yo los elegiré. (¡No quepo en mí de gozo!) ¿Me acompaña usted, tío?

COURB. ¡Con mucho gusto!

ENR. Voy á hacerte probar de dos ó tres clases para que me des tu opinión, porque supongo que continuarás siendo tan aficionado...

FED. Siempre... pero oye... nada de bromas; con toda seriedad.

ENR. ¿Qué?

FED. ¿De veras no amas ya á Diana?

ENR. ¿Yo? ¡Já! ¡já! ¡já! ¿Cómo se dicen las cosas? (Vase muy contento por el foro.)

FED. ¡Capitán! ¡Palabra!

COURB. ¿Qué?

FED. ¿Está en su juicio? ¿Es cierto que no ama á su mujer?

COURB. ¡La adora! (Vase por el foro.)

FED. Pues señor, van á concluir por volverme loco á mí también. Conque adora á su mujer, y sin embargo, me suplica que la robe porque no la ama... y porque no quiere ser su yerno. ¡Lo mejor será huir cuanto antes de esta grillera! ¡Ah! ¡la hermana de Diana! Y es preciosa la señorita Bonivard.

ESCENA X

DICHO y GABRIELA; después ENRIQUE

GAB. (Por la segunda de la izquierda.) Yo no sé qué le sucede hoy á papá. Ni á mí quiere hablarme. (Reparando en Federico.) ¡Ah! ¡Caballero!...

FED. ¡Señorita!... ¡Federico! ¡El amigo Federico! ¡El viajero!

GAB. ¡Ah, sí! Hemos hablado de usted varias veces... ¡Enrique le quiere á usted mucho!

FED. Somos antiguos camaradas. Por cierto, que le encuentro bastante cambiado.

GAB. ¿Sí? ¿Cree usted?...

FED. ¡Mucho! Y no sé á qué atribuir la perturbación de sus ideas. ¿Qué le pasa?

GAB Disgustos de familia.

FED. Pues es necesario que recobre la tranquilidad.

GAB. ¿Conoció usted á su esposa?

FED. ¡Sin duda!

GAB. Era algo alocada, algo coqueta, ¿no es verdad?

FED. Un poco. (¡Bien trata ésta á su hermana!) ¿Trabaja con exceso?

GAB. ¿Quién?

FED. Enrique.

GAB. No, señor; muy al contrario; y es una lástima, porque es un gran compositor.

FED. ¿Sí? ¿Usted cree?... (Conteniendo la risa.)

GAB. ¡Vaya! ¡Y usted parece que lo duda! ¿Es usted músico?

FED. Aficionado nada más.

GAB. Voy á enseñarle á usted su última composición y juzgará de su mérito. (Busca entre los papeles del piano.) ¿Dónde la han puesto? ¿Si estaba aquí?

FED. (¡Es divina esta joven!)

ESCENA XI

DICHOS; ENRIQUE, por el foro con botellas.

ENR. Aquí traigo un *chambertín* que vamos á apurar á tu futuro enlace.

FED. ¿A mi futuro enlace?

ENR. Está claro: ¡con Diana!

FED. ¿Insistes en ello?

ENR. ¡Más que nunca!

FED. Y díme, ¿piensa casarse?

ENR. ¿Quién, Diana? ¡Cuando yo te lo aseguro!...

FED. Me refiero á su hermana.

ENR. ¿Qué hermana?

FED. ¿Quién ha de ser? ¡Esa hermosa joven!

GAB. ¿Dónde estará? (Habrá estado de espaldas á Enrique, y en este momento se va por la segunda da la derecha.)

ENR. ¿Gabriela? (¡Mi esposa!) ¡Já! ¡já! ¡já! ¡Qué bromista eres! ¿Vas á empezar como con la otra? ¡Siempre los mismos gustos! ¡Calavera! ¡Calavera! (Vase riendo por la segunda de la izquierda.)

ESCENA XII

FEDERICO; DIANA, por la primera de la derecha.

FED. ¡Nada! ¡Que ya estoy hecho un lío! ¡Ah! ¡Diana! ¡Qué bellísima está! No puedo remediarlo: me gusta mucho y puesto que se empeñan...

DIANA. ¿Usted aquí? (¡Pues no ha escalado mi marido la ventana del jardín, y ha entrado en mi cuarto como un salteador!)

FED. (¡Yo me lanzo!) ¿Sabe usted Diana, que voy á volverme á marchar inmediatamente?

DIANA. ¿Tan mal le tratamos aquí?

FED. No, señora; sino que cuanto más la veo, más siento renacer mi pasión hacia usted.

DIANA. ¡Já! ¡já! ¡já! Si ya le dije que ha llegado tarde.

FED. Nunca es tarde, si usted corresponde á mi cariño.

BOURG. (Por la primera de la derecha.) Aquí está. ¿Por qué has huido, ingrata?

DIANA. ¡Este hombre es mi sombra!

FED. Decídase usted á seguirme.

BOURG. ¡Caballero! ¿Qué hace usted?

FED. El amor á Diana. Hace cuatro años que la adoro.

BOURG. ¡Esto es indigno! (Muy sofocado.)

FED. Tengo permiso de su esposo.

BOURG. ¿Cómo?

FED ¡Sí, encantadora Diana, ilusión de mi vida!

BOURG. ¡Caballero!... ¿Y tú por qué permites?...

DIANA. ¡Yo... yo!...

FED. ¡Dale! ¡Déjeme usted en paz!

BOURG. Es que yo soy...

FED. Su padre, ya lo sé.

DIANA. ¡Já, já! ¡Mi padre! Allá se las entiendan. (Vase por el foro.)

FED. Y no cometo ninguna villanía, porque su propio marido...

BOURG. (¡Pero qué dice este hombre!) ¡Diana, Enrique, nos veremos! ¡Ya lo creo que nos veremos! (Vase incomodado por el foro.)

ESCENA XIII

FEDERICO y GABRIELA; después ENRIQUE, COURBULÓN DIANA y M. BONIVARD

FED. Se conoce que al padre no le agrada que yo... ¿Qué me importa?

GAB. (Con un papel de música, por la segunda de la derecha.) ¡Ya está aquí! ¡Ya la he encontrado!

FED. ¿Qué?

GAB. La composición de Enrique!

FED. ¡Ah, sí!

GAB. (Leyendo.) «Barcarola.» «A mi amantísima esposa.» ¡Cuánto le agradezco esta dedicatoria! ¿Quiere usted tocarla y se convencerá?

FED. Con mucho gusto. ¡Ah! la conozco. ¡Pues no data de ayer! Diana la cantaba á maravilla. (Se sienta al piano, y cantan los dos.)

ENR. (Por la segunda de la izquierda.) ¡Mi barcarola! ¡Y Diana que quizá la estará oyendo! (Canta Diana fuera.)

GAB. ¿Eh? ¿Quién canta por ahí?

ENR. ¡Victoria, Victoria!

GAB. ¿Sabe esta canción?

ENR. Sí. (Da á Federico con el pié.)

FED. ¿Más piano? Bien. (Sin entender las señas.)

DIANA. (Entra cantando.) ¡La, la, la!

GAB. ¡Diana! ¿Sabe también esta música?

ENR. ¡El trueno gordo! (La señora Bonivard canta fuera.)

COURB. ¡La, la! (Entra cantando y con botellas en la mano.)

GAB. ¿Y el tío también? ¡Todo el mundo sabe mi barcarola!

ENR. ¡Llegó mi último instante!

BOURG. ¡Esta es su mejor composición! (Entrando por el foro.)

FED. ¿Eh? ¡Esa voz! ¡Cielos! ¡La señora Bonivad! (Se ha levantado, y al reconocer á la señora Bonivard, se deja caer en el asiento con gran espanto, y apoyando con gran fuerza una mano sobre las teclas del piano.

M. BON. ¡La misma!

FED. ¿Pero, señora, vive usted aún?

GAB. ¿Qué significa esto?

ESCENA ULTIMA

DICHOS; BOURGANEFF, por el foro.

BOURG. ¡Al fin les hallo! ¿Qué pasa aquí?

GAB. ¿Conoce usted esta barcarola?

DIANA. ¡Ya lo creo! Como que está dedicada á mí.

GAB. ¿A usted? «¡A mi amantísima esposa!» ¿Pues cuántas mujeres tiene usted, caballero?

FED. Una: su hermana de usted.
GAB. ¿Mi hermana?
FED. Sí tal, esta señora.
GAB. ¿Eh?
ENR. ¿Quieres callarte? (A Federico.)
FED. ¡El pobre chico no recuerda que se casó con su hija de usted hace cuatro años!
BOURG. ¡Cómo! ¿Usted ha estado casado con Diana?
ENR. (¡Oh, yo no puedo más!) Pues bien, sí. (Sorpresa en todos.)
BOURG. ¿Diana es mujer de usted?
ENR. No, señor, lo ha sido; estamos divorciados.
FED. ¡Divorciados! ¡Ah, ya comprendo!
BOURG. ¿Diana ha sido su mujer de usted?
GAB. ¿Ha sido tu mujer?
ENR. Mi primera mujer, sí... ¡Y yo que hacía todos los esfuerzos imaginables para ocultarlo... me encuentro con que este hablador!...
BOURG. ¡Diana su mujer!
GAB. ¡Ay, papá, papá! (Llorando.)
BOURG. No llores; hemos sido víctimas...
ENR. ¡Perdóname, Gabriela!
BOURG. ¡Y yo me he casado!... ¿No me dijo usted, señora, que su primer yerno había muerto?
M. BON. ¡Las ganas! Es decir, para tranquilizar á usted.
COURB. Vamos, querida sobrina, comprende que todo ello es hijo de la fatalidad, y que Enrique no tiene la culpa...
GAB. Bien, pero salgamos inmediatamente de esta casa.
BOURG. No, vosotros no; nosotros: ni un minuto más.
ENR. ¡Calma, por Dios, calma!
BOURG. ¡No; dejadme, dejadme!
ENR. Reflexione usted.
M. BON. No reflexiono nada. Hemos sido víctimas...
FED. Es encantador el divorcio...
BOURG. Hágame usted el favor de preparar las maletas. Saldremos en el exprés de las seis.
DIANA. ¡Vamos, mamá! Ven á ayudarme.

M. BON. ¡Voy, hija mia!
BOURG. No, perdone usted, señora, me marcho yo solo con mi mujer.
DIANA. ¿Cómo?
M. BON. ¿Quiere usted robarme á mi hija?
BOURG. Precisamente; ese es el único modo de separarla de usted.
ENR. (¡Esta es la ocasión!) (Habla con su tío.)
M. BON. ¿Y cree usted que yo he de consentirlo?...
BOURG. Que lo consienta usted o no...
ENR. (A Bonivard.) ¡Ánimo! Ánimo! ¡No le tema usted!
M. BON. ¿Temerle?
ENR. (¡Si se deja usted, la abofetea!)
M. BON. ¿A mí? ¿A mí? Ahora lo veremos. Prepárate, hija mia; quiere pegarme: ¡tú recibirás la bofetada!
DIANA. ¡Si me libro de él, con mucho gusto!
M. BON. Mi hija no abandona á su madre.
BOURG. Seguirá á su marido: la ley me ampara.
M. BON. ¡Me burlo de la ley y de usted, viejo chocho! Puede usted llamar á los gendarmes! ¡Mónstruo!
BOURG. ¡Señora, que no tolero insultos!
ENR. ¡Bien, muy bien! (Aparte.)
M. BON. ¡Robarme á mi hija!
BOURG. ¡Oh! ¡Oh!
M. BON. ¡Mónstruo! ¡Carcamal!
BOURG. ¡Señora, que me ciego!
M. BON. ¿Y qué me importa? ¡Cobarde!
GAB. ¡Papá!
BOURG. ¡Si no se calla!...
COURB. (¡Esto marcha!)
ENR. ¡Bravo!
M. BON. ¿Callarme yo? ¿Retroceder ante él? ¡Cobarde! ¡Vejestorio!
BOURG. ¡Oh! ¡Ya no reparo!...
ENR. ¡Anda, anda!
BOURG. No; no quiero rebajarme .. (Medio mutis.)
COURB. ¡Que se marcha! ¡Que se marcha!

ENR. ¡Imposible! ¿Dónde va usted?
M. BON. ¡Pegue usted! ¡Pegue usted!
GAB. ¡Señora, por Dios! ¡Papá!
BOURG. ¡Y se atreve á desafiarme!
M. BON. ¡Sí, me atrevo, me atrevo! ¡Le desafío á usted! ¡Villano! ¡Cobarde! ¡Oh!... ¡Ni aún así! ¡Si no es hombre! (Hasta este momento los han estado conteniendo, pero logra desasirse y le pega una bofetada.) ¡Tome usted!
BOURG. ¡Ah! (Pega una bofetada que recibe Diana.)
TODOS. ¡Ah!
ENR. ¡Por fin! (Pausa.
COURB. ¡Eso no vale la pena!
M. BON. (A voces.) ¡Ha pegado á mi hija!
BOURG. ¡Diana, perdóname: yo te juro!...
DIANA. ¡No se acerque usted, caballero, no se acerque usted á mí! ¡Todo ha concluído entre nosotros!
M. BON. Lesiones graves: ustedes son testigos. La ley está clara: yo sé lo que debe hacerse. Nos divorciamos.
BOURG. Repito que no ha sido mi intención...
DIANA. ¡Mañana mismo entablaremos la demanda de divorcio!
BOURG. ¡Pues bien, sí; no me opongo: al contrario!
ENR. ¡Loado sea Dios!
M. BON. ¡Vamos, hija mía, salgamos de esta casa de maldición!
ENR. Federico las acompañará á ustedes.
FED. Bien, sí, pero...
DIANA. ¿Nos llevará usted al Brasil?
FED. Donde usted quiera.
M. BON. ¿Al Brasil! Allí hay muchos negros, ¿no es verdad?
FED. Sí; pero ya son todos libres.
M. BON. No me importa; yo les esclavizaré de nuevo. Nosotros nos volveremos á ver en el Tribunal, ¡veinte de Septiembre! ¡No olvide usted la fecha! (Se va con Diana y Federico.)
BOURG. No señora: ¡la recordaré toda la vida!
ENR. ¡Veinte de Septiembre! ¡Aniversario de nuestro matrimonio!
BOURG. ¡Y de mi divorcio!

COURB. La verdad es que Federico entra con todas!
BOURG. ¿Quién sabe? ¡El matrimonio es una lotería!
ENR. ¡Y el divorcio una caja de sorpresas!
BOURG. (Al público.)

Y si os gustó y aplaudís
colmándonos de favores,
vuestro aplauso á los autores
mandaremos á París.

FIN DE LA COMEDIA

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR



Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.